EL TEATRO
MODERNO

PEDRO MUÑOZ SECA

LA BUENA SUERTE

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/labuenasuerteco1011muoz_0

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 20 agosto 1927 NÚM. 102

Pedro Muñoz Seca

LA BUENA SUERTE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en los Teatros Infanta Isabel, de Madrid, y Circo, de Cartagena, el día 5 de noviembre de 1924

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Argumentos originales. Primeras edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

PEDRO SEPÚLVEDA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Irene	*Eloisa Muro.*
Victoria	*Angelina Villar.*
Carolina	*Carolina Fernán Gómez.*
Mad. Bouchón	*Mercedes Sampedro.*
Doña Carmen	*Asunción Guijarro.*
Gloria	*Milagros Guijarro.*
Paquita	*Manuela Iglesias.*
Carmencita	*María Rovera.*
Ramona	*Carmen Cefillo.*
Ramiro	*Antonio Suárez.*
Patricio	*José María Gallardo.*
Luis	*Pedro Sepúlveda.*
Juan	*Pepe Calle.*
Pepe	*Salvador Mora.*
Mr. Bouchón...	*Pedro Valdivieso.*
Núñez	*Rafael Acebal.*
Nicolau	*Pedro González.*
Gabino	*Julián G. Valbuena.*

ACTO PRIMERO

Hall del "Hotel Sevilla", de Biarritz. En el foro izquierda, y en chaflán, la puerta de entrada. El resto del foro, galería de cristales, con puerta en el centro, que conduce a una terraza que se pierde en la lateral derecha. En el fondo, perspectiva de mar. En el lateral izquierda, primer término, una puerta, y sobre ella el siguiente letrero: "Direction". Entre esta puerta y la de entrada, la mesa del portero, con su aparato telefónico, su casillero para la correspondencia, etc., etc. En el lateral derecha, primer término, el arranque de un amplio corredor, y en el último término, el de una escalera que se pierde en el lateral. El hall estará decorado y amueblado con gusto exquisito. Es de día, en el mes de agosto. Epoca actual.

(Al levantarse el telón, Nicolau, portero del hotel, hombre de unos cuarenta años, de muy buena facha y más catalán que el maestro Vives, sale de la Dirección hablando con alguien que se supone queda dentro.)

NICO. *(Con marcado acento catalán hasta cuando habla en francés.)* Oui, madame... Oui, oui... Pardon... *(Ya junto a su mesa y dando rienda suelta a su desesperación.)* ¡Maldita sea Castelldefels, que es mi pueblo! ¡Que no ma cayera a mí un aerolite el día que vine an Biarritz por primera vez!...

GABI. *(Por la escalera de la derecha. Es camarero del hotel y natural de Córdoba. Viene echando sus cuentas.)* Dos francos y medio, que a cuarenta y siete que están, son... poco más de na. Ascucha tú, Nicolau, ¿ha venido arguien preguntando por la señora del onse?

NICO. ¿Quién es la del once?

GABI. La güéspeda esa guapa, que parese inglesa y es de Andújar... Hombre, esa tan andaluza que habla mu malamente, y que la llaman aquí en

Biarritz Madam Chavó, porque no se le cae er chavó de la boca.

NICO. ¡Ah, sí!... Pues no; no ha preguntado nadie por ella.

GABI. Claro, hombre; quién va a venir a estas horas con la caló que hase. Se lo diré a la camarera pa que se lo diga a ella. *(Sopla en un tubo acústico.)* No sé si me entenderá, porque la camarera de ese piso es la francesa más cerrá que yo me he echao a la cara. Con la edá que tiene y todavía no ha aprendío er castellano. *(Suena el pito del tubo acústico.)* Oiga, Mamuasel, dígale a la señora del onse que no ha preguntao nadie por ella... ¿Eh?... Pues hija, yo no sé decirlo más claro. Allá usté. *(Deja el tubo.)* Que no comprende... Peó pa ella.

M. BOU. *(Dentro, llamando.)* ¡Nicoló!... ¡Nicoló!...

NICO. *(Lívido.)* ¿Otra vez?... ¡Malhaya sea mi vida! ¡Que no se muera esta señora de improviso!... *(Acercándose a la puerta de la Dirección.)* Pardon, madame, je suis occuppé... *(Volviendo a su mesa.)* Nada, que con la madame esta, m'ha caído a mí encima la ceniza, como dices tú.

GABI. ¡Qué ceniza!... El cenizo, guasón.

NICO. Lo mismo da. ¡Maldita sea!

GABI. ¿Pero qué te pasa, Nicolau?

NICO. ¡Qué me va a pasar, hombre!... ¡Qué me va a pasar... La madame que s'ha prendado de mí y no me deja ni al sol ni a la sombra.

GABI. ¡Camará!

NICO. Si no fuera la mujer del dueño, le daba un metido en las narices que se las ponía de peneta. Me estoy viendo en la calle, por culpa de los enamoramientos.

GABI. ¡Gachó!

NICO. ¡Tengo una estrellita!... Porque es la tercera vez que me ocurren estas cosas. También se me enamoraron en Gerona, en Tarragona y en Bayona.

GABI. Es que ustedes los de Reus, tenéis un atrartivo espantoso.

NICO. Te advierto que yo soy de Castelldefels, y que lo que me pasa no es para tomarlo a la chunga ni a la chirigota.

GABI. ¿Quieres callá, hombre? Demasiao sé yo lo graves que son estas cosas.

NICO. ¡Maldita sea!...

GABI. Ascucha, ¿se t'ha declarao ya?

NICO. No; si no pasa del suspirito, del guiñito, de la miradita, de la insinuacioncita... Ahora, que me trae frito, porque con el achaque de que quiere aprender nuestra lengua, me llama a cada instante para que yo le diga en castellano palabras francesas que ella busca y que son siempre piropitos y florituras. Porque lo que ella quiere es oírme decir cosas tiernas, aunque sea por tablas.

GABI. ¡Mi madre!...

NICO. ¡Como es tan romántica!...

M. BOU. *(Como antes.)* ¡Nicoló!...

NICO. ¿Estás viendo?

GABI. Y que no dice Nicolau aunque la maten.

M. BOU. ¡Nicoló!...

NICO. *(Asomándose de nuevo a la Dirección.)* Pardón, madame Bouchón; je suis res occuppé...

GABI. Pues tú con la madam, y yo con los cambios, estamos los dos aviaos. Porque a mí me gusta sabé ar séntimo lo que tengo ahorrao, y como er dinero lo tengo en francos y los francos varían de presio cada día... pues es un lío que me voy a vorvé loco.

BOUC. *(Por el corredor de la derecha. Ha cumplido los cincuenta años y tiene cara de hotelero y chaquet de hotelero. Habla con marcado acento francés.)* ¡Gabinó!... ¡Gabinó!...

GABI. Mándeme usté, musiú Buchón.

BOUC. El caballero americano del diez y siete va a tomar el te con Briones.

GABI. Dirá usté con brioches.

BOUC. Con Briones.

GABI. Usté está majareta.

BOUC. Digo que va a tomar el te con Briones, un amigo suyo.

GABI. ¡Ah! Sí, señó. Ahora caigo. Ese es otro americano que viene a verlo algunas tardes. Usté perdone.

BOUC. Siempre el usté pegdone, después de decir la tonteguía fuerte grande. ¡Pollinó!... Lleve dos tes completos al diez y siete.

GABI. Sí, señó. *(Medio mutis.)*

BOUC. ¡Ah! Gabinó...

GABI. Musiú.

BOUC. ¿Ese americano Briones es del mismo país que el señor Gallango?

GABI. Como si lo fuera: uno es de Honduras, de Catalotepe, y otro de Méjico, de Cacalután, conque allá se van.

BOUC. *(Entre dientes.)* ¡Gran bestia, pollinó!...

GABI. ¿Manda usté argo más, musiú?

BOUC. ¡Musiú, musiú!... ¿Cuándo aprenderá usted algo de francés?

GABI. ¿Yo? ¿Pa qué? ¿No me ha traído usté pa serví a los españoles que hay en el hoté? Ademá, que er fransé es muy fási; er que no lo habla es porque no quiere: er pan, pen; er vino, ven, y lo demás, como en castellano.

BOUC. *(Malhumorado.)* ¡Vaya, vaya pronto!

GABI. Alon sanfan. *(Se va por el corredor de la derecha.)*

BOUC. *(Viéndole ir.)* ¡Mamagacho!... No le entra la France. No tiene el estímulo de aprendeg... ¡¡Pollinó!!... En cambio, usté, Nicoló, es un sevillano todo listo...

NICO. Le advierto a usté que yo soy catalán.

BOUC. Está lo mismo. Nadie conoce que no sea usté sevillano, y a mí me conviene que todo sea aquí Andalucía.

NICO. No, si conocerme se ma conoce muy poquito...

BOUC. ¡Oh! Vale usted grande cosa, Nicoló. La madame está enamorada de usté. ¡Sí! Y mi mujer sólo se fija en lo que tiene un gran mérito, por-

que... *(Al ver entrar en escena a doña Carmen y a Carmita, madre e hija, un tanto acursiladas.)* Pardón... Bon soir, madame... Bon soir, mademoiselle...

CARM. Bon soir... Aquí on parle español, ¿verdad?

BOUC. Tout le monde.

CARM. ¿Cómo?

BOUC. Que todo el mundo, señoga. Este es el gran Hotel Sevilla y aquí todo es Andalucía. Somelier andaluz de Córdoba; portero *(Por Nicolau.)* andaluz de Sevilla, y cocinero andaluz de Medina del Campo.

CARM. Pues yo he recibido carta de Madrid, de unos recién casados, que me suplican les busque en Biarritz una habitación...

BOUC. ¡Oh! Ellos quedarán encantados de mi hotel. Tengo una habitación, el número 12, especial para recién casados. Terrazá al mar... Una bonita enredaderá que sube... Las golondrinas han hecho un nidó en la cornisa... Ciento veinte francos tout compris.

CARM. Muy caro.

BOU. ¿Caro? ¡Oh, madame! Es el gran Hotel Sevilla... Es tout comprís... Piense usté en que los recién casados suelen comer más que las personas normales.

CARM. Sí, pero...

BOUC. Piense usté en la terrazá, en la bonita enredadera y en el poético nidó... ¡Oh! Es regalado. Además, que este hotel es el predilecto de los españoles "chic". Aquí están don Juan Barcá, don Jesús Parrá, los señores de Reguerá y el conde de Laureliá, que es grande de España por su padre, por su madre y por cinco tíos.

CARM. Sí, bueno, pero...

BOUC. Van ustedes a ver la habitación ahora mismo. *(Llamando hacia la izquierda.)* Madame... Madame... Venez s'il vous plait.

CARM. *(A Nicolau.)* Aquí hace más fresco que en su tierra de usté.

NICO. *(Con más acento catalán que nunca.)* Mire, no

me diga. En mi pueblo hay una plaza, la plaza de Cambó, que cuando la da el sol de lleno, ¿sabe?, se derriten las pipas de ámbar. A mí se m'ha derretido una en una ocasión.

CARM. ¿Es usted del mismo Sevilla?

NICO. Mire, yo soy de Triana.

M. BOU. *(Entrando en escena por la izquierda. Es fea, tiene años, pero presume muchísimo y procura que cuanto tiene de atractivo destaque bien.)* ¿Que voulez vous?

BOUC. Montrer le número doce a ces dames.

M. BOU. Oui. Tres bien.

BOUC. *(A doña Carmen y Carmencita.)* Vayan con la madame.

CARM. Sí, señor.

M. BOU. Per icí... madame... *(Se van madame Bouchón, doña Carmen y Carmencita por la escalera de la derecha.)*

BOUC. A ver si logro alquilar esa habitación, que, como tiene la cocina debajo, es una incubadora...

JUAN. *(Por la izquierda. Ha cumplido ya los cuarenta y cinco años. Viste con suma elegancia. Viene un poco sofocado.)* Hola, barbianes.

BOUC. Bon soir, monsieur Barcá.

NICO. Buenas tardes, don Juan.

JUAN. *(A Nicolau.)* Qué, ¿ha vuelto el señor conde?

NICO. No, señor; no ha vuelto aún.

JUAN. Caramba... ¿Pero a qué hora salió de Biarritz?...

NICO. Muy temprano, monsieur Bouchón estuvo hablando con él.

BOUC. Oui. Me dijo que iba a San Sebastián a recoger el abono de los toros.

JUAN. Pues ya debía estar de vuelta. ¿Qué coche llevaba, el Fiat?

BOUC. El Hispano grande.

JUAN. Sentiría que tardase en volver, porque le tenemos preparada una sorpresa... ¡Lo que la vamos a gozar! El juergazo de esta noche va a dejar memoria.

BOUC. ¿Eh? ¿Pero qué ocurre?...

JUAN. Nada, hombre; las cosas de Pepe Parras, que es genial.

BOUC. ¡Oh! ¡Monsieur Parrás!... ¡Es único!

JUAN. Tiene la manía de que siempre que juega con dinero ajeno gana.

BOUC. ¡Oui! Y es la pura verdad.

JUAN. Y tan verdad. Como que no le falla. Anoche le pidió dinero al conde para jugárselo esta tarde; Ramiro no quería dárselo ni a tres tirones; pero se puso tan pelmazo que por no oírle le dió seis o siete mil francos, lo que llevaba encima... Bueno, pues se ha puesto a jugar, y ya tiene ganados ochenta y dos mil francos.

NICO. ¡¡Ochenta y dos mil francos!!... ¡La Mare de Deu!

JUAN. Como lo oyes, sevillanito.

BOUC. ¡La karabá!

JUAN. Sí, señor. Es un tío brutal. De los ochenta y dos mil francos ha cambiado ya ochenta mil, para devolvérselos a Ramiro, y está probando fortuna de nuevo con los dos mil restantes. Lo que nos vamos a divertir, porque a Ramiro le va a sentar esa ganancia como un pistoletazo.

BOUC. ¿Usted lo cree?

JUAN. Estoy seguro. El conde aborrece el juego; no ha jugado en su vida. Más aún, dice que el dinero ganado en el juego es dinero maldito. Claro, con una renta de cien mil duros, como él tiene, se pueden decir esas cosas. Además, que él es algo supersticioso, y en lo que quiere ser afortunado es... en lo otro. Ya usté me entiende.

BOUC. ¡Oh! Y en lo otro, bien que lo es, caramba. Con las mujeres es un hache.

JUAN. Hacha.

BOUC. Oui. Pardón. Hacha. Las vuelve labarumbas, loquititas perdidas ellas. Se lo sortean.

JUAN. Se lo rifan.

BOUC. Oui, rifan. Aquí veo yo unas cosas, monsieur Barcá... ¡Oh!...

JUAN. Claro, hombre; lo reúne todo: juventud, salud, simpatías, dinero...

BOUC. Y "chic"..., sobre todo "chic". Aquí en el hotel hay varias... pajaritas, que estan por él eso de... eso bonito que se dice en español.

NICO. *(Muy catalán.)* Antontecides.

JUAN. Calla tú, sevillano, no digas gitanerías.

BOUC. Eso que dice Gabinó, de mojarretas.

JUAN. Majaretas.

BOUC. Oui, majaretas, chalás.

NUÑEZ. *(Por el foro izquierda, muy jadeante. Es un muchacho elegantísimo.)* ¡Hola! Qué, ¿ha vuelto?

JUAN. ¡No!

NUÑEZ. ¡Caramba!

JUAN. ¿Cómo va aquello, querido Núñez?

NUÑEZ. ¡Estupendo, chico! Una racha brutal. Está la gente loca. ¡Es mucho Pepe!... Con los dos mil francos del pico ha hecho ya más de doscientos mil.

JUAN. ¡Jesús!...

BOUC. ¡Mon Dieu!

NUÑEZ. Está de un naipe que aterra. Un espanto de suerte. ¡Y Ramiro, que no quería dinero del juego!... Bueno, la que vamos a correr esta noche va a ser faraónica con flecos.

JUAN. ¡Qué bruto! ¡Más de doscientos mil francos!...

NUÑEZ. Te advierto que yo, al socaire y siguiéndole el juego, he amartillado veintisiete mil francos.

JUAN. ¡Qué bárbaro!

NUÑEZ. Me compro un Renault y viva Juana de Arco.

JUAN. Escucha: ¿y seguía Pepe jugando?...

NUÑEZ. Claro, hombre, si está en flor.

JUAN. Pues vamos. ¡Ah! Si vuelve el señor conde ni una palabra de esto. Quiero yo darle la noticia...

BOUC. No faltaría más ..

JUAN. Ponga a refrescar una botellas de champagne, monsieur Bouchón... Vámonos, Núñez. Au revoir.

NUÑEZ. Au revoir.

BOUC. Au revoir, monsieur Barcá... Au revoir, monsieur Nuniez...

NICO. La suerte no está para el que la busca.

BOUC. *(Hablando hacia el corredor de la derecha.)* Polverell... maitte quelques bautielles a refraichir... *(Entran en escena por la escalera de la derecha madame Bouchón, doña Carmen y Carmencita.)* ¿Y bien, madame?...

CARM. Me ha gustado mucho la habitación. Un poquito calurosa me ha parecido...

BOUC. ¡Oh!... ¡Mon Dieu! La mejor habitación del hotel... ¡La más fresca!... Ahí me he constipado yo. *(Estornuda madame Bouchón.)* Y voilá, la madame acaba ella de constiparse también asimismo. Es una habitación friá, friá... Y luego la terrazá, la enredaderá, el nidó...

CARM. Yo pondré ahora mismo un telegrama a esos señores, y mañana a primera hora tendrá usted una contestación definitiva.

BOUC. Perfectamente, madame.

CARM. Adiós y muchas gracias.

CAR. Buenas tardes.

M. BOU. Bon soir, madame. Bon soir, mademoiselle...

BOUC. *(Acompañándolas hasta la puerta y haciendo mutis con ellas.)* Au revoir... Procure contestarme puntualmente porque tengo muchas peticiones: el señor arzobispo de Burdeos, el marqués de Sanchá y el Algabeñó... *(Mutis.)*

NICO. *(Al ver que madame Bouchón saca un papeito del pecho.)* (Atiza!)

M. BOU. *(Acercándose a él muy insinuante.)* Nicoló...

NICO. Madame...

M. BOU. *(Con marcadísimo acento francés.)* Por gran favor... ¿Me quiere traducir estas palabras que yo he escrito?...

NICO. Oui, madame.

M. BOU. *(Acercando el oído.)* Dígame.

NICO. *(Traduciendo.)* Linda... hermosa...

M. BOU. *(Dengosa.)* ¡Oh!

NICO. *(Como antes.)* Veo que está usted enamorada de mí.

M. BOU. *(Locamente.)* ¡Sí, Nicoló, sí!...
NICO. ¿Eh?
M. BOU. Sí... siga...
NICO. *(Como antes.)* Porque soy un gran gitano.
M. BOU. *(Contrariada.)* ¡No!
NICO. *(Rectificando.)* Un gitano grande.
M. BOU. *(Dengosísima, quitándole el papel.)* No... No traduce bien... Yo quiera decir... ¡gitanazo!... *(Al ver a Bouchón que entra en escena nuevamente.)* Luego le llamaré para que me enseñe a pronunciar bien esas palabras... Au revoir... *(A Bouchón.)* Me encanta Nicoló. *(Mutis por la puerta de la Dirección.)*
BOUC. *(A Nicolau, con la mayor naturalidad.)* Me ha dicho que está encantada de usted. ¡Es deliciosa! *(Por la puerta que conduce a la calle entran en escena Carolina y Luis. Carolina ronda los treinta años y es una mujer guapa y elegante. Luis ha cumplido ya los cuarenta y cinco. Ambos son españoles, y madrileños.)*
LUIS. Buenas tardes.
BOUC. Bon soir, mesié-dan.
LUIS. *(A Nicolau.)* Los señores de Reguera...
NICO. Sí, señor; están en su habitación.
LUIS. *(Entregándole una tarjeta.)* Me hace el favor de anunciarles...
NICO. Sí, señor. Aunque no sé si les recibirán, porque deben de haber sufrido alguna desgracia de familia...
LUIS. ¿Eh?
CARO. ¿Qué?
NICO. Durante la comida recibieron un telegrama, que yo mismo les entré al comedor, y en cuanto lo leyeron dejaron de comer y subieron a su cuarto muy apenados y entristecidos.
BOUC. *(A Nicolau.)* No me había dicho nada... caramba.
NICO. No... *(Sopla en el tubo acústico.)*
CARO. ¿Qué será?...
LUIS. Te aseguro que no imagino...

NICO. Subiré porque si no... *(Toma la tarjeta y hace mutis por la escalera de la derecha.)*

BOUC. Sentiría yo que les hubiese ocurrido alguna desgracia. Es un matrimonio muy simpático y ella, la otra, la hermana de la otra de ella... ¿cómo se dice en español, la hermana de la mujer?... ¡La cañada!

LUIS. Cuñada. Cañada es otra cosa.

BOUC. Oui; pardón. La cuñada es gentilísima.

CARO. Esa andará por ahí, de seguro.

BOUC. Oui. Todas las mañanas se va a España en su petit Citroen...

NICO. *(Entrando en escena.)* Que bajan en seguida.

LUIS. Muchas gracias.

CARO. *(A Luis.)* Escucha, ¿se les habrá muerto la tía Pepita?...

LUIS. ¡Ojalá! Desbancaba yo esta tarde en el Casino. Acuérdate de aquel domingo que preguntamos en San Sebastián por los de Ramos, que se les había muerto aquella tía, y luego di yo en el Casino nuevo golpes a un billete.

CARO. ¡Jesús!... Todo lo supeditas al juego.

LUIS. Hija mía, si es mi modo de vivir. ¿Vivimos de otra cosa?

CARO. ¡Así nos luce el pelo!

LUIS. *(Mirando a un extremo de la escena.)* ¡Calla!

CARO. *(Asustada.)* ¿Qué?

LUIS. Que estoy viendo sobre una silla un sombrero de paja y un bastón. Siempre que veo esto le juego al treinta y dos, y pleno seguro. ¡Me voy a hinchar! Y el bastón tiene puño de plata, como el de aquel día en Barcelona... El treinta y dos y luego el once. Bueno, esta tarde, con esto y con lo tuyo, me hincho.

GABI. *(Por el corredor de la derecha.)* ¿Me hace usté er favó, musiú Buchón?

BOUC. ¿Qué pasa, Gabinó?

GABI. *(Aparte a Bouchón.)* Er güespe del quinse, ese que es profesó de dibujo, que quiere hablá con usté.

BOUC. ¿Qué?...

GABI. Na, una mijita tonto que s'ha puesto porque s'ha encontrao una chinche en la cama.

BOUC. ¡Oh! Una chinche en mi hotel, no puede ser... Esa la ha traído él. *(Vase por el corredor.)*

GABI. Claro, siendo maestro de dibujo... *(Se va tras Bouchón. Por la escalera de la derecha entran en escena Victoria y Patricio. Jóvenes elegantísimos.)*

CARO. ¡Victoria!

PATRI. ¡Querido Luis!...

VICT. ¿Qué tal?... *(Se besan las mujeres y se saludan todos.)*

M. BOU. *(Dentro.)* ¡Nicoló!...

NICO. (¡Afloja!)

CARO. Ya te dije ayer que vendría a verte...

M. BOU. *(Apareciendo en la puerta de la Dirección.)* Nicoló... Venez s'il vous plait...

NICO. *(Como el que va al patíbulo.)* Oui, madame... *Mutis con madame Bouchón por la puerta de la Dirección.)*

VICT. *(Sentándose como los demás.)* Pues no te esperábamos tan pronto.

PATRI. Y menos a estas horas que son las de la gran partida del Casino, a la que tu marido no falta jamás.

LUIS. Iremos desde aquí. Puede que el retraso me traiga la buena suerte, que falta me hace.

PATRI. ¿Pierdes mucho?

LUIS. Llevo una semana fatal. Claro que he tenido yo mismo la culpa porque sé de toda la vida que cuando juego llevando calzoncillos largos pierdo hasta los ojos, y como andaba acatarradillo he jugado dos días con calzoncillos largos.

PATRI. Me figuro que hoy...

LUIS. Hoy ni largos ni cortos. ¡Pues no faltaría más! Necesito desquitarme, querido Patricio, porque ayer fué la locura. ¡Una tarde de pata!... No me cambié el anillo de mano, que es de pata, tropecé al entrar en el salón, que es de

pata, y llevaba ésta el boá de plumas, que también las plumitas son de pata.

PATRI. ¡Válgame Dios!

CARO. Siempre acabaré yo teniendo la culpa.

LUIS. Nada de eso, Carolina; pero recuerda que las dos veces que me han pelado llevabas tú las plumas.

VICT. Bueno, no hay que hablar de cosas desagradables.

CARO. Dices bien. Ya sé que Irenita está en San Sebastián.

VICT. Sí, ha ido a almorzar con las de Vega. No debe tardar en volver.

LUIS. Está monísima.

CARO. Es encantadora. Y luego con aquel carácter tan franco, tan abierto, tan... divertido.

VICT. Es muy buena, hay que reconocerlo. Dios le dé mejor suerte que a mí.

LUIS. *(Asombrado.)* ¿Pero tú te quejas de la fortuna? ¿Qué puede faltarte siendo joven, bonita, adorada por tu marido; gozando de una posición desahogada y disfrutando de todas las dulzuras de una espléndida luna de miel?...

PATRI. Dices bien, Luis; todo eso era mi mujer hasta hace dos horas; desde entonces, ni ella ni yo somos más que dos infelices.

LUIS. ¿Eh?

PATRI. Una noticia que ha llegado de improviso echa por tierra nuestra felicidad. Estamos arruinados, totalmente arruinados.

CARO. ¿A eso aludía sin duda el telegrama que tanto pareció contrariar a ustedes?...

VICT. ¿Cómo?... ¿Tú sabes...?

LUIS. El portero nos ha dicho que mientras almorzaban recibieron un telegrama que debía anunciarles alguna desgracia a juzgar por la agitación con que se levantaron de la mesa...

PATRI. Pues eso era, en efecto; la noticia de nuestra ruina, de la quiebra del Banco Orgaiz, donde habíamos puesto cuanto teníamos...

CARO. ¿Es posible?

PATRI. Desgraciadamente.

VICT. Todo el mundo creía que era una casa honrada y segura...

LUIS. Pero algo podrá salvarse...

PATRI. Ni un céntimo. El telegrama dice que se trata de una quiebra fraudulenta y que todo está perdido sin remedio. Orgaiz ha huído...

LUIS. ¿Y es grande la pérdida?

PATRI. Quinientas mil pesetas, aproximadamente; nuestro capital íntegro.

CARO. ¡Jesús! ¡Jesús!...

PATRI. En este momento llevo en el bolsillo cuanto nos resta de nuestra fortuna. Poco más de mil duros que traía para gastos de viaje. No poseo más.

LUIS. Es espantoso.

VICT. Hay que resignarse. Hemos nacido para pobres. No hace dos años aún que mi hermana y yo perdimos lo poco que teníamos y ahora...

CARO. ¿Tu hermana Irene no sabe aún...?

VICT. Nada. Estamos esperando a que vuelva de San Sebastián para decírselo.

LUIS. ¡Pobrecilla!

CARO. Ahora no va a tener más remedio que ponerse seria y pensar en casarse. Para ella el problema no tiene otra solución.

LUIS. Caramba, se me está ocurriendo una cosa, que...

PATRI. ¿Qué?

LUIS. Algo que podría ser el remedio para todos. Porque, mira. Patricio, un golpe de desgracia no puede contrarrestarse más que por otro de fortuna. ¿No es eso? Bueno, pues hay que intentarlo. Puesto que no te quedan más que esos miles de pesetas, dedica siquiera dos mil a darles ocho golpes. *(Haciendo sus cuentas.)* Dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho... Justo; ciento veintiocho... Quinientas doce mil... Te voy a dejar en paz. Tú sigue mi juego y ya verás. Porque hoy vengo yo bueno. Poquita ropa interior... un calcetín al revés...

no he oído tocar la Java... Me han puesto remolacha en la comida, que eso me da muy buena suerte, etcétera, etcétera. El treinta y dos no me va a fallar; ni el cuatro, porque he soñado esta noche con toros, de manera que...

PATRI. De perdidos al río; voy a seguir tu inspiración. Quien sabe si... *(Sacando la cartera y tomando de ella unos billetes.)* Claro, que dos mil pesetas nada más. No me seduce la idea de volver a España por la carretera. *(A Victoria, dándole la cartera.)* Toma, guarda.

VICT. Sí. Es lo mejor.

PATRI. No he jugado nunca, y no quiero hacer ninguna locura.

LUIS. *(Estupefacto.)* ¿Que no has jugado nunca? ¿Pero qué dices, Patricio? ¿Que no has jugado nunca?

PATRI. No, hombre, no; no he jugado nunca.

LUIS. *(Contentísimo.)* ¡¡Carolina!!... ¡¡Ya nos llegó la hora!... ¡La première fois! ¡¡Un primerizo!! ¡Desbanco esta tarde! Si me estaba dando el corazón que hoy iba a ser día grande para mí.

PATRI. Tú desbancaste una vez, ¿no?

LUIS. Aquí mismo. Enfermo estaba yo aquella tarde. Un catarro bronquial espantoso. Recuerdo que llevaba aquí, en el pecho, un esparadrapo que me picaba un horror. Comenzamos a jugar al bacará, y chico, qué suerte tan disparatada. Cogía yo la mano y empezaba a abatir y abatía diez o doce veces... Aquello no podía atribuirse a otra cosa que al esparadrapo salvador... Luego pasé a la ruleta y desbanqué. Lo que es hoy como haya bacará...

PATRI. ¿Qué?

LUIS. Que... mira. *(Saca un rollito de papel.)*

VICT. ¿Eh?

CARO. Sí, hija, sí; ha comprado un esparadrapo y está dispuesto a pegárselo en el pecho como aquel día.

VICT. Pero por Dios santo, Luis.

LUIS. Yo esta tarde desbanco.

VICT. Ojalá.
LUIS. ¿Vamos?
PATRI. Vamos.
VICT. Os espero en mi cuarto. Hasta luego.
CARO. Hasta luego. *(Vase Victoria por la escalera de la derecha.)*
LUIS. *(Sujetando a Patricio que se dispone a hacer mutis por la puerta de la calle.)* ¿Adónde vas, desgraciado? Sal por aquí, por la terraza. Así entramos en el Casino por la puerta de la servidumbre y no tenemos que dar toda la vuelta a la manzana.
PATRI. Sí, pero...
LUIS. Es que, además de ser más corto el trayecto, te diré que yo no he ganado nunca entrando por la puerta principal.
PATRI. En ese caso...
LUIS. Hasta le tengo hecho un pareado. ¿Verdad, Carolina?
CARO. Sí. Como él se cree un gran poeta...
LUIS. Escúchalo. Si pretendes ganar un dineral, no entres en el casino por la puerta principal.
PATRI. *(Haciendo mutis.)* Escucha, se me hace largo.
LUIS. Sí, pero ya verás cómo por aquí se te hace más corto. *(Se van los tres por la terraza. Tras una breve pausa entran en escena por la puerta del foro izquierda, Irene y Ramiro. Jóvenes los dos, elegantísimos los dos, alegres y simpaticísimos los dos. Irene cojea un poco y se apoya en el brazo de Ramiro.)*
RAMI. Apóyese usted con fuerza. No puede andar sola todavía.
IRENE. Ya va pasando la molestia. Llévame allá, al ascensor.
RAMI. Siéntese y descanse aquí, primero. Su familia va a alarmarse si la ve entrar cojeando de ese modo.
IRENE. Suba usted conmigo para tranquilizarla. Mis hermanos tendrán mucho gusto en conocerle.
RAMI. ¿Quiere usted que me presente ante ellos?
IRENE. ¿Por qué no?

RAMI. Porque me pedirían cuentas y harían muy bien. Al fin y al cabo he tratado de causarles una desgracia irreparable matándoles a un ser amado...

IRENE. Yo haré que perdonen al presunto asesino. Suba sin miedo.

RAMI. Mejor será dejarlo para mañana. Ahora mi visita tendría también otro inconveniente...

IRENE. ¿Cuál?

RAMI. El de privar a usted de la libertad necesaria para contar lo ocurrido sin necesidad de desfigurarlo. En mi presencia, se creería obligada a disminuirme de responsabilidad, a decir que no fué mía la culpa, y yo no quiero que renuncie al placer de una venganza que considero justa y legítima: la de poder llamarme "bárbaro" cien veces.

IRENE. ¡Por Dios!...

RAMI. La de poder decir a sus hermanos y a todo el mundo que un bestia echó su auto sobre el de usted, en una revuelta, haciéndolo añicos, estando a punto de matarla, causándole una herida en ese pie... tan digno de mejor suerte porque es un pie monísimo, perdone la digresión...

IRENE. No diré yo semejante cosa, sino, por el contrario, que mi buena suerte, después del atropello, que fué inevitable en realidad, me dió por compañero de desgracia a un señor todo galantería, que me ha atendido, que me ha curado, que me ha traído hasta aquí... y que ya va siendo hora de que me diga quién es, porque aún no conozco su nombre, a pesar de que llevamos cerca de dos horas de ser amigos íntimos...

RAMI. Es verdad. No había caído en ello... A falta de quien pueda presentarme, me presentaré yo mismo. Ramiro de la Torre, aunque soy más conocido por mi título de conde de Laurelia.

IRENE. ¿Cómo?... ¿Usted es...?

RAMI. ¿Le asombra el nombre? ¿Lo conocía acaso?...

IRENE. ¿Puede haber quien no lo conozca? Si llego a sospecharlo, perdóneme, pero no acepto su compañía.

RAMI. ¿Por qué?

IRENE. *(Riéndose.)* Porque debe usted ser un hombre peligrosísimo... ¿Qué habrán dicho los que nos hayan visto solos en un automóvil?... ¡Estoy perdida sin remedio!...

RAMI. Vamos, vamos; no se burle de un infeliz. Conozco la leyenda que me rodea, difundida, con mejor o peor intención, por los amigos, de que soy un don Juan incorregible... No crea usted en los tenorios del día. No son ya de los que roban "Ineses" y matan comendadores; son, a lo sumo, unos buenos muchachos que aspiran a divertirse y lo consiguen mientras no se arruinan; pero sin explotar su valor ni su gentileza, sino más bien siendo explotados por su dinero... Don Juan Tenorio se ha convertido en Juan Lanas.

IRENE. ¿De modo que usted no trata de enamorar a cuantas ve?

RAMI. No, señora; son calumnias.

IRENE. ¿Y si yo le dijese que tengo la prueba de que no lo son?

RAMI. ¿Usted? ¿Dónde?

IRENE. En mi propia familia. Sólo con decirle mi nombre lo comprenderá. Me llamo Irene Pradolongo.

RAMI. ¿Pradolongo? ¿Hermana quizá de...?

IRENE. De Victoria; de su enfermera en el hospital de sangre de Melilla, a quien hizo usted el amor... como a todas.

RAMI. No tanto. Aquello no fué más que un "flirt", un ligerísimo "flirt"; pero inolvidable, eso sí, porque me recuerda el único acto de mi vida del que estoy satisfecho; cuando como oficial de complemento entré en fuego y caí herido... La suerte, que siempre ha sido conmigo mejor de lo que yo merezco—lo reconozco—, me pagó generosamente el que por fin hubiera ser-

vido para algo bueno en el mundo, dándome aquella enfermera incomparable que me cuidó con tanta dulzura, que veló tantas noches mi sueño, que era una especie de ángel de mi guarda...

IRENE. *(Riendo.)* Un ángel de su guarda que tuvo que pedir que la relevasen del cuidado de aquel herido, porque el "flirt" estaba siendo la comidilla del hospital...

RAMI. ¿Y qué ha sido de Victoria? ¿Se habrá casado, por supuesto?...

IRENE. Proto hará seis meses.

RAMI. ¿Y es feliz?

IRENE. Como toda mujer adorada por su marido.

RAMI. ¡Dichoso mortal! Crea usted que le envidio.

IRENE. Pues ándese con cuidado, porque está... celosillo de usted. Mi hermana le ha contado lo que ocurrió en Melilla, y tratándose de un conquistador del fuste de usted, la cosa más insignificante es para poner en ascuas a un marido...

RAMI. Yo le aseguro que su cuñado no tiene nada que temer. Yo soy un caballero...

IRENE. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Lo toma en serio!...

RAMI. Hija, me hablaba usted en un tono...

IRENE. ¿Sabe usted, señor conde, que es usted más fatuo de lo que yo presumía?... Victoria es una mujer honrada que también adora a su marido y que no guarda de usted otro recuerdo que el de un presumido que le hizo la corte sin obtener favor alguno de ella.

RAMI. Tiene usted razón. He dicho una impertinencia. Perdóneme.

IRENE. ¡Ay, por Dios!... No ponga esa cara tan triste, porque entonces seré yo quien tendré que pedirle que me perdone, por mi modo ligero de hablar, que probablemente estará haciendo que forme mala opinión de mí.

RAMI. Eso nunca.

IRENE. Ya sabe usted que a las muchachas del día se nos consiente decir a los hombres cuanto se

nos viene a la boca. Nos educan mal y somos así todas, aun las mejores. Yo soy de las buenas. Se lo prevengo, por si no lo ha adivinado.

RAMI. Tan lo he adivinado, que llevo casi tres horas dándole la mayor prueba de consideración que puedo dar a una mujer.

IRENE. ¿Cuál?

RAMI. No hacerla el amor.

IRENE. ¡Hombre, me gusta la galantería!

RAMI. Chist, chist... poco a poco... Galantería es, aunque no se lo parezca. Claro, que para que me entendiese sería preciso que le expresara mi opinión sobre las mujeres en general.

IRENE. ¡Ay, expóngamela, por Dios!... Será curioso conocer una opinión tan... autorizada como la suya en la materia.

RAMI. Pues allá va. Verá usted, yo divido al sexo contrario en dos grupos: en mujeres propiamente dichas, esto es, en las que me atraen, en las que son la primera necesidad de mi vida, en las que adoro... o, por lo menos, se lo digo, y en mujeres que para mí no tienen sexo, que me parecen amigos o camaradas. Por las primeras siento en el fondo un profundo desdén, aunque las... adore; las encuentro egoístas, interesadas, falsas, sin otro amor verdadero que el lujo y la vanidad. Las segundas, por el contrario, me inspiran un gran respeto, al mismo tiempo que una vivísima simpatía, aunque no sienta el menor impulso pasional que me arrastre hacia ellas. Usted es de las últimas.

IRENE. ¿De las que sirven para camaradas?

RAMI. Tiene usted ese aspecto clavado.

IRENE. ¡Ole!

RAMI. Lo venía pensando en el automóvil.

IRENE. Pues mire usted, ¡quién sabe! Puede que nosotros fuéramos unos excelentes amigos... Tal vez congeniásemos...

RAMI. De seguro.

IRENE. *(Riendo.)* ¡Tendría gracia!... Charlaríamos co-

mo camaradas... ¡Las picardías que aprendería yo al lado suyo!...

RAMI. ¿No sería yo quien las aprendiera de usted? Porque usted tiene trazas de saber más que Merlín.

IRENE. Es posible que le pervirtiese.

RAMI. Mire usted, en serio. La amistad con una mujer sin que la envilezca ninguna aspiración bastarda, debe ser una cosa encantadora. Yo he soñado muchas veces con eso, con tener una amiga que viviese siempre a mi lado y que no me dijera una sola palabra de cariño... Y usted no habría de decírmela, naturalmente, porque entre nosotros el cariño tendría que acabar en boda... y yo no iba a casarme con usted...

IRENE. Ni yo con usted, puede estar seguro. La que se decida a llamarse condesa de Laurelia necesita tener vocación de mártir.

RAMI. Para que no aumente por mi culpa el martirologio, he resuelto no casarme nunca. Y acaso —ahora hablo formalmente—sea un mal hijo al seguir siendo soltero.

IRENE. ¿Un mal hijo?

RAMI. Mi madre no tuvo mayor ilusión en su vida que la de verme casado. Y fué también lo último que me recomendó al morir: "Funda un hogar, hijo mío; haz dichosa a una mujer; no hay otra felicidad en el mundo..." ¡Pobre madre!... Era una santa.

IRENE. Lo creo; pero no evoquemos ahora recuerdos tristes. *(Pausa. Se miran con cierto deleite. Se levanta y anda un poco.)* Esto va mucho mejor. Y como estoy completamente repuesta del susto, voy en busca de mis hermanos.

RAMI. ¿Aún cojea usted?

IRENE. Un poco.

RAMI. Si supiera qué rabia me produce pensar que yo he sido el causante...

IRENE. No importa. Puesto que vamos a ser amigos,

bueno es que sepa usted el pie de que cojeo. Au revoir, monsieur.

RAMI. Au revoir, mademoiselle. *(Vase Irene por la escalera de la derecha.)* Es encantadora. Y debe ser cosa de familia porque la hermana era también una preciosidad.

GABI. *(Por el corredor de la derecha. Viene renegando.)* ¡Anda ya y que te sursan con un sparto, guasón!...

RAMI. ¿Qué te pasa, hombre?

GABI. ¿Qué quiere usté que me pase, don Ramiro de mi arma? Que hay tíos que se creen que lo se chupa er deo, y eso me molesta a mí más que si me dieran en los labios con un ladrillo. ¡Decirme a mí ese tío!... Ni que fuera yo lila. Pero si yo con dos rosauras he metío una vez un pie en alcohó y no lo pude aguantá.

RAMI. ¿Pero quieres explicarme lo que te ocurre, hombre?

GABI. El inglés del sinco, que me ha dicho que el año pasao estaba él en Suiza y le salió un sarpullío y fué y se bañó en Ginebra. ¡Mardita sea su cara!... ¡Con lo fuerte que es la Ginebra!...

BOUC. *(Por el corredor de la derecha, seguido de Gloria, muchacha tan elegante como provocativa.)* Oui, madame. Ahora mismo le daré esa nota... *(A Ramiro.)* Bon soir, monsieur le Condé... *(Entra rápidamente en la Dirección.)*

GLOR. *(Que es muy andaluza.)* ¡Chavó!... ¿Pero estás tú aquí?

RAMI. ¡Oh! Gloria la Trianera... ¿Ahora te levantas?

GLOR. Vamos, quita, so gibia. Pos apenas he madrugao yo hoy. ¿No ves que es miércoles? Y los miércoles tengo yo manicura, callista, masajista y dentista...

RAMI. ¡Ah, ya!...

GLOR. Sí, hombre; ahora con Juanito tengo de to. Y tú, ¿aónde t'has metío hoy por la mañana que t'habemos estao buscando yo, Paquita la Cursi y Madam Dolores?

RAMI. He estado en San Sebastián.

GLOR. ¡Chavó, lo que te mueves!... *(Siguen hablando. Muy serio, horrendamente serio, sale de la Dirección monsieur Bouchón. Tras él y con la cabeza baja sale Nicolau.)*

GABI. *(Extrañado de las actitudes.)* ¿Eh?... *(Se acerca a Nicolau y le interroga, guiñándole.)*

NICO. ¡Tenía que suceder!

BOUC. *(Que se ha serenado un poco y se ha tirado dos o tres veces del chaleco y de los puños.)* ¡Nicoló! ¿Qué cosa era eso?...

NICO. La madame que no alcanzaba a coger un libro de la estantería de arriba, y yo la empujé el brazo para que lo cogiera.

BOUC. ¡Oh!... *(Sonriendo.)* Ya decía yo... Quedo completamente tranquilo, Nicoló. ¡Oh!. . Tres tranquilo... Tres, tres.

GABI. (Claro.)

BOUC. *(A Nicolau.)* Fué un... porque al entrar y ver... ¡La pobre madame!... *(Asomándose a la puerta de la Dirección y hablando hacia el lateral, muy sonriente.)* Pardón, madame... ¿Eh?... ¡Oui, oui!... *(Separándose de la puerta. A Nicolau.)* Nicoló... la madame le reclama... Lleve una silla por si hay que alcanzar otro libro...

NICO. Sí, señor. *(Hace mutis por la puerta de la Dirección, llevándose una silla.)*

(Por la puerta del foro izquierda entran en escena Juanito Barca, Núñez, Pepe Parras y Paquita la Cursi. Vienen contentísimos, alborotando. Pepe Parras es un cuarentón muy atildado. Paquita la Cursi, una muchacha provocativa y algo estrafalaria vistiendo.)

JUAN. ¡Ramiro!...

NUÑEZ. ¡Ramirillo!

JUAN. ¡Triunfo completo!...

PAQUI. ¡Viva Pepe Parras!

JUAN. }
NUÑEZ. } ¡Viva!

GLOR. ¡Chavó! ¿Pero qué ocurre?

PEPE. *(A Ramiro.)* Bueno, eres el tío de la suerte en todo.

RAMI. ¿Qué pasa, señores?

PEPE. Y pregunta qué pasa. ¿Qué va a pasar, hombre? Que mi combina no podía fallar; que yo cuando juego por cuenta de otro, soy invencible.

RAMI. ¿Eh? ¿Has ganado con el dinero que te di?...

PEPE. He ganado, que no queda un franco en Biarritz que no sea tuyo. Que te digan éstos.

JUAN. Chico, es una máquina de abatir.

NUÑEZ. ¡Qué suerte! Ocho, nueve; nueve, ocho; ocho, nueve... Y así tres horas.

PAQUI. Un fenómeno.

GLOR. ¡Chavó!

RAMI. ¡Lo que es el mundo! Todos los jugadores se arruinan y yo que detesto el juego...

PEPE. Déjate de consideraciones y averigua cuantas pesetas te traigo. Porque te lo he cambiado en pesetas y todo. Aquí no se hacen las cosas a medias.

RAMI. Hombre, con que me trajeras para comprar un nuevo Hispano, me contentaría. Acabo de estropear el mío al volver de San Sebastián.

PEPE. Vamos a ver, echa un cálculo. ¡No! No decirle nada; eso no vale.

RAMI. ¿Cincuenta mil pesetas?

PEPE. ¡Vamos, hombre, no seas ridículo!...

RAMI. ¿Cien mil?

PEPE. Mira, no te canses en calcular. Toma este cheque. *(Le da un cheque.)*

RAMI. *(Estupefacto.)* ¡Quinientas doce mil!... ¡Pepe!

PEPE. ¡Así soy yo!

BOUC. ¡Qué cafre!...

GABI. ¡Qué bestia!...

GLOR. ¡Qué bruto!...

PEPE. ¡Así soy yo!...

RAMI. Pero, hombre, esto no puede ser; es demasiado dinero...

JUAN. Caramba, tú: cualquiera pensaría que te enfadas en vez de alegrarte.

RAMI. Enfadarme, no; pero estos rasgos de fortuna suelen ser precursores de desgracias.

PAQUI. Esas son gitanerías.

NUÑEZ. No, mujer; si lo dice porque se acuerda d. que "afortunado en el juego..."

GLOR. ¡Chavó! Si serás tú primo.

PAQUI. Claro, hombre; el que tiene buena suerte, la tiene en todo.

NUÑEZ. Bueno; yo quiero que me oigan ustedes, porque tengo un plan monstruo.

TODOS. ¿A ver, a ver?... Que se explique. *(Rodean a Núñez y siguen hablando.)*

GABI. *(A Bouchón.)* Monsieur, que de esas pesetas hay que amartillar un puñao grande...

BOUC. Oui. Avisaré a la madame... *(Llega a la puerta de la Dirección, va a entrar, tuerce el gesto y se detiene crispando los puños.)* ¡Mon Dieu! ¿Otre fois?... Gabinó... Gabinó...

GABI. Musiú...

BOUC. Traiga aquí a la Direction la escalera de mano.

GABI. Sí, señó. *(Mutis por el corredor de la derecha.)* Ahora es la madame la que empuja a Nicolo, y se va a lastimar...

JUAN. Oiga usted, monsieur Bouchón...

BOUC. *(Acercándose al grupo.)* Monsieur... *(Hablan aparte. Por la puerta del foro izquierda entran en escena, tristes y cabizbajos, Patricio, Luis y Carolina.)*

LUIS. Tranquilízate, hombre. Después de todo, en la situación en que te encuentras poco significan dos mil pesetas más o menos.

PATRI. No es la pérdida de las dos mil pesetas lo que siento, sino la de mi última ilusión. Me habías hecho concebir esperanzas.

LUIS. Hombre, la cosa parecía tan clara. Yo he puesto todos los medios. Hasta me he pegado el esparadrapo, caray, que me está dando un rato... *(Se da golpecitos en el pecho.)*

CARO. ¿Por qué no subes al cuarto de Patricio y te lo quitas?

LUIS. ¿Quitármelo, y acabo de encontrarme a tres

curas, como aquel día célebre?... Yo vuelvo ahora al Casino y me juego los quinientos francos que me quedan.

CARO. Luis, por Dios, que vamos a tener que volver a España por la carretera y empujando el baúl.

LUIS. Tú te callas, porque a mí los tres curas no me han fallado jamás.

PATRI. ¡Qué horror! ¿Qué va a ser de mí ahora, sin nada?

LUIS. Dios proveerá. Eres un hombre inteligente, tienes amigos...

PATRI. Te aseguro que estoy por levantarme la tapa de los sesos.

CARO. ¡Por Dios!

LUIS. No digas desatinos, criatura.

CARO. Diré a Victoria que estamos aquí. ¿Qué número es?...

PATRI. El catorce. *(Vase Carolina por la escalera.)*

LUIS. Encarnado, digo..., siéntate y serénate, hombre; no seas pesimista... *(Siguen hablando.)*

JUAN. *(A Ramiro y Paquita.)* Allí está Luis Montilla; ese punto tan supersticioso. Ha debido ser uno de los desvalijados.

PAQUI. De seguro. Estaba jugando al lado de ese que está con él.

JUAN. Voy a enterarme... *(Se acerca a Luis.)* ¡Luisillo!...

LUIS. Caramba, Juanete...

JUAN. Tú habrás sido de las víctimas de Pepe Parras, porque te he visto jugar en su mesa...

LUIS. Sí; allí estuve un rato. *(Se da golpecitos en el pecho.)*

JUAN. ¿Perdiste mucho?

LUIS. ¡Pchs!

JUAN. Veo que lo tomas con tranquilidad. Más vale así.

LUIS. Hombre, cuando se tiene al lado una desgracia mucho mayor, nos olvidamos de la nuestra.

JUAN. ¿Qué desgracia mayor tienes tú a tu lado?

LUIS. La de un amigo a quien quiero muchísimo. *(Señala a Patricio.* ¿Ves a ése?...

JUAN. No le conozco. ¿Quién es?

LUIS. Un hombre que ha perdido quinientas mil pesetas redondas en el día de hoy.

JUAN. ¿Es posible?

LUIS. Se ha quedado en la miseria; está desesperado.

JUAN. Lo comprendo.

LUIS. Perdona que te deje, pero me voy con él. Temo que haga algún disparate...

JUAN. Sí, sí...

LUIS. *(Acercándose a Patricio.)* Anda, ven a la terraza, que hace más fresco... Es preciso que te desimpresiones, hombre. Ya vendrá la buena racha...

PATRI. ¡Pobre Victoria!... *(Se asoma a la terraza.)*

JUAN. *(A Ramiro.)* ¿Te has fijado en ese que está con Luis Montilla?... Pues es uno de los perdigones y debe ser el mayor, porque, según Luis, ha perdido esta tarde quinientas mil pesetas; toda su fortuna.

RAMI. ¡Qué enormidad! Mira si tengo razón en aborrecer el juego. Ese pobre hombre ha perdido un dinero que necesitaba, para que pase a mi poder, que no lo necesito.

JUAN. No seas tonto, hombre; otro se lo hubiera llevado de no haber sido tú.

RAMI. Pero es un dinero que debe tener mala suerte Estoy decidido a gastármelo cuanto antes. Vosotros me ayudaréis.

JUAN. Esos están ya haciendo planes...

PEPE. Escucha, Ramiro, mira lo que éste propone. *(Ramiro y Juan se acercan al grupo que forman Paquita, Gloria, Pepe Núñez y Bouchón.)*

RAMI. ¿A ver?

PEPE. Propone dos cosas: o quince días en Ostende, a todo meter, o quince días viviendo a lo griego en una finca que él tiene que se llama Los Reyes.

JUAN. Voto por Ostende.

GLOR. Yo, Los Reyes.
PAQUI. Anda, y yo.
NUÑEZ. A mí me parece lo más divertido. ¡Quince días de bacanal!
RAMI. Pues no hay más que hablar: Los Reyes.
PEPE. GLOR. PAQUI. *(Palmoteando.)* ¡Los Reyes!... ¡Los Reyes!... *(Siguen hablando.)*
GABI. *(Que entra en escena transportando una escalera.)* Hay chungueíto, ¿eh? ¡Vamos, hombre!
BOUC. *(Acercándose a él rápidamente.)* Diga a la madame lo de la ganancia y que quieren gastarse el dinero en otra parte.
GABI. ¡Camará!... *(Entra rápidamente también en la Dirección.)*
NUÑEZ. Ya veréis qué juergazos. Algo nunca visto. Un cuento de "Las mil y una noches"...
JUAN. Dejarme a mí la organización. Acordaos de la cena griega que yo organicé hace diez años, cuando mi despedida de la vida de soltero, que cómo sería el juergazo que se me deshizo la boda.
PEPE. Claro, hombre, si te cogieron en la Puerta del Sol sin más ropa que una sandalia y el casco, con una regadera en la mano llena de cerveza y cantando el himno de Riego.
M. BOU. *(Saliendo de la Dirección seguida de Gabino.)* ¡Oh! ¡Qué me dice Gabinó!... ¡Yo le felicito, monsieur le Condé!... ¡Qué gran fortuna!... ¡Ah! Pronto... En el comedor reservado que preparaguen una bonita mesa... Sandwich, fiambres, fruta helada toda... Oporto, champagne...
TODOS. *(Muy contentos.)* ¡Sí, sí!... ¡Eso!
M. BOU. *(A Gabino.)* ¡Vamos!
GABI. Volando. *(Mutis por el corredor de la derecha.)*
M. BOU. *(A Nicolau, que entra en escena temeroso.)* Nicoló...
NICO. Madame.
M. BOU. Avise por teléfono que venga aquí, en seguida, el jazz-band de Herrer-Kali. Querrán bailar.

TODOS. *(Como antes.)* ¡Sí, sí!...

M. BOU. *(A su marido.)* Prepare un gran cap-Bouchon-giacé.

BOUC. Oui. *(A Nicolau, entusiasmado.)* ¡Oh, qué madame!... ¡Qué gran sprit!... *(Se va por el corredor de la derecha.)*

NICO. *(En voz baja a madame Bouchón.)* Yo creo que no ha visto...

M. BOU. *(Despectiva.)* Déjeme de tonteguías. Ahora estoy en el negocio, y cuando una francesa está en el negocio, lo demás importa nada. *(Se acerca al grupo y habla con ellos.)*

IRENE. *(Que entra en escena, con Carolina y Victoria, por la escalera de la derecha.)* Mírale, allí está.

RAMI. *(Al verlas.)* Perdonadme, voy a saludar a esas señoras. *(Se separa del grupo y se acerca a Irene y Victoria. Carolina se ha unido a Luis y Patricio, que están en la terraza.)*

IRENE. *(A Ramiro.)* Aquí tiene usted a mi hermana.

RAMI. Diga usted a mi ángel custodio. *(Se dan la mano.)*

VICT. ¡Cuánto tiempo sin verle!...

RAMI. ¡Y cuánto ha cambiado todo desde entonces! Ya no es usted aquella enfermera, aquella figura blanca, que se me aparecía como una visión celestial en mis noches de insomnio...

VICT. Afortunadamente. ¿Quería usted seguir estando en riesgo de morir?

RAMI. Si fuese usted quien hubiese de asistirme de nuevo, tal vez lo quisiera...

VICT. *(Sonriendo.)* Veo que no ha variado su carácter. Sigue siendo el mismo de Melilla.

IRENE. Ya puede usted agradecer a Victoria que haya bajado a darle las gracias por sus atenciones hacia mí. La pobre ha tenido durante mi ausencia un disgusto espantoso...

RAMI. ¿Es posible?

VICT. Sí. Una noticia inesperada ha venido a destruir para siempre nuestra tranquilidad, nuestro bienestar...

RAMI. Soy yo para ustedes nuncio de desgracias, por lo visto.

VICT. ¿Usted?

RAMI. Por un lado estoy a punto de matar a su hermana; por otro, apenas volvemos a encontrarnos me dice que acaba de recibir un golpe cruel...

VICT. ¿Y qué culpa tiene usted de...?

IRENE. Mira, aquí llega Patricio. Es preciso que mi cuñado también le agradezca sus finezas conmigo. *(En efecto, Patricio, Luis y Carolina se acercan a ellos.)* Escucha, Patricio...

RAMI. *(Al verle.)* (¡El que ha perdido las quinientas mil!)

IRENE. *(A Victoria.)* Preséntale tú.

VICT. *(A Patricio.)* Voy a presentarte a un caballero que acaba de tener una gran amabilidad con Irene. El conde de Laurelia de quien te he hablado alguna vez...

PATRI. ¿Aquel herido de Africa?...

RAMI. *(Alargándole la mano.)* Su deudor, puesto que le debo la vida a su esposa.

PATRI. Tantísimo gusto...

RAMI. (¡Y yo he arruinado a esta gente!)

PATRI. Tengo una gran satisfacción en ofrecerle mi amistad, aunque no quiero ocultarle que llega usted en un mal momento para mí.

RAMI. Lo sé.

PATRI. ¿Eh?...

RAMI. Estas señoras me han contado que acaba de sufrir un contratiempo grave...

PATRI. ¡Ah! ¿Le han dicho...?

RAMI. Pero todo se arreglará. Hay que ser optimista. Esté usted seguro de que todo se arreglará. *(En el grupo de Juan, Pepe, Núñez, Paquita, Gloria y madame Bouchón, suenan grandes carcajadas.)*

JUAN. Dice bien la madame. *(Llamando.)* ¡Ramiro!... ¡Ramiro!...

RAMI. Voy. Con el permiso de ustedes... *(Separándose de Patricio.)* (¡Pues no faltaría más! Yo

a esta gente le devuelvo sus quinientas mil pesetas. ¡Lo juro por la memoria de mi madre!)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un salón en casa de Patricio, en Madrid. Hay una puerta en el foro y otra en cada lateral. Es de día y en el mes de octubre. En la casa van a hacer almoneda y hay en el salón un sofá, dos sillones, varias sillas, una mesa, una mesita, dos cornucopias y una vitrina llena de objetos. Todos estos muebles de gran valor y completamente nuevos. Hay, además, un viejo arcón, un antiguo bargueño, un sillón de cuero que huele a siglos remotos y dos cuadros viejos entre varios cromos flamantes. Uno de los cuadros quiere figurar una batalla, pero apenas si se distingue nada en él; el otro, también borroso y descascarillado, es el retrato de un griego de los tiempos de Pericles, que santa gloria goce.

(Al levantarse el telón están en escena, ultimando el arreglo de los muebles, Irene, Victoria, Carolina, Patricio y Luis.)

LUIS. *(A Patricio.)* Hombre, ayúdame a poner el cuadro sobre la mesa, a ver si le encuentro la luz. *(Lo hacen.)*

IRENE. Yo insisto en que debíamos colgar a cada mueble un cartoncito con el precio, como se hace en todas las almonedas.

VICT. Lo mismo creo yo, pero Luis se opone de un modo...

LUIS. Claro que me opongo. Eso se hace cuando no hay al frente de las almonedas una persona que sepa vender. Pero en este caso, y modestia aparte... ¿A qué poner un precio fijo a las cosas? Nada hay en el mundo que pueda tener

un solo precio. El precio varía según las circunstancias, según las leyes de la oferta y la demanda...

IRENE. ¡Bravo!

PATRI. ¡Caramba!...

LUIS. Según el capricho o la estulticia del que compra y la pericia y perspicacia del que vende.

IRENE. ¡Chica!...

LUIS. Esto se lo he oído yo decir a los grandes maestres del arte de vender, Pippo Gudelli, Lino Chaffoni y Antonio Herráiz.

IRENE. Bueno; en serio.

LUIS. ¡Ah! Pero ¿tú crees que yo hablo en broma? Verás cómo saco por estos muebles doble de lo que costaron. Soy el mejor vendedor del mundo. ¿No ves que desde que nací no he hecho otra cosa que vender?

PATRI. ¿Tú?

IRENE. ¡Vamos!

CARO. Sí, mujer, créelo. Heredó once casas, un cortijo, tres huertas y más de treinta mil duros en muebles, y no le quedan más que los que ha traído aquí; conque figúrate tú si en esto de vender tendrá práctica. .

IRENE. En ese sentido...

CARO. Ayer vendió en sesenta pesetas dos bastones que había comprado en Eaux-Bonnés por ocho francos. Esos que tenían de puños el uno una cabeza de perro, y el otro una cabeza de pato. Gracias a eso hemos podido comer ayer y hoy.

PATRI. Pero ¿hasta ese extremo. .?

LUIS. Sí, chico, sí; ayer andavimos de cabeza.

IRENE. ¡La vida!

VICT. *(Conmovida.)* ¡Con la ilusión que yo arregle mi casita! *(Se limpia los ojos.)*

PATRI. Vamos, Victoria, hay que tener valor.

LUIS. Valor y optimismo. Yo no me encojo ni me achico por nada. Y eso que mi situación es muy distinta de la de Patricio. Patricio es joven, es abogado, sabe idiomas y contabilidad, y tiene ya un buen destino en Chile. El porve-

nir le sonríe y hasta le ríe; pero yo no he sabido en mi vida hacer nada... ¡Cómo me faltaron aquellos tres curas!...

PATRI. ¿Tú crees honradamente que sacaremos de la almoneda lo que necesitamos para los pasajes y para poder llegar a Chile con algún dinero?...

LUIS. Vamos, hombre, no digas tonterías. Yo, por tus muebles, saco veinte mil pesetas, y por los míos, otras veinte mil.

PATRI. Dios te oiga.

IRENE. ¿Qué has traído por fin?...

LUIS. Este arcón, ese vargueño, los dos cuadros, este sillón, el repostero del comedor y el juego escultórico del recibimiento.

CARO. ¿No trajiste también el marco antiguo?...

LUIS. Sí; aquí está... ¿Dónde lo puse?... *(Levantando del suelo un marco como de medio metro cuadrado sin lienzo.)* Este. *(Lo enseña.)*

PATRI. Es muy bonito.

IRENE. Lindísimo.

LUIS. Y de un gran mérito.

CARO Sin lienzo no luce ni la mitad.

PATRI. Mujer, ¿no habría por ahí nada que ponerle?... ¿Qué has hecho de aquel boceto de flores que pintaste?...

VICT. Ahí está para que se lo lleve el trapero.

PATRI. ¿Por qué no se lo pones a ver cómo resulta?...

VICT. Hombre, por Dios, si el lienzo es un mamarracho. Hay una rosa abierta que parece una sandía con pepitas y todo.

IRENE. Sí, y un capullo rojo que es un trozo de chorizo de Pamplona. No te llama Dios por el camino de la pintura.

PATRI. Anda, mujer, pónselo a ver qué aspecto ofrece...

VICT. Trae, vamos a ver. *(Mutis con el marco por la izquierda.)*

PATRI. *(Viéndola ir. A Luis.)* Créete que se me parte el alma...

LUIS. ¿Sabes que estás tú también de un ciprés?...

IRENE. ¡Ya, ya!...

LUIS. Ni que tuvieras tú la culpa de lo que te suce-

de. Anímate, hombre. Tú tienes ya tu porvenir resuelto. ¡Ah! Y que ya sabes lo convenido: en cuanto llegues a Santiago, me buscas una plaza cualquiera, aunque sea la de barrendero. Porque yo aquí, en España, la verdad, no quiero que me vean en cualquier cargo subalterno; pero en América me da lo mismo. Yo lo que quiero es reunir ocho o diez mil pesetas para volver a Biarritz y darle un disgusto al sombrerero aquél que me ganó hasta el reloj de pulsera. Porque es que me cegué. Claro, había visto tres curas, llevaba un esparadrapo y a ésta se le había roto un tirante de la liga, que eso me había dado a mi en otra ocasión una suerte bestial... ¡Qué pena no tener dinero!... Si hoy hubiera yo tenido doscientas pesetas para una combinación de siete números, me hincho. Porque he visto a un guardia hablando con un albañil, que eso no falla, y además me he hecho un siete en el abrigo, que eso tampoco falla.

CARO. No tiene arreglo.

LUIS. Sí, mujer; se zurce.

CARO. Si no hablo del siete; hablo de ti.

LUIS. ¡Como yo venda bien estas cosas...!

IRENE. Escucha, Luis, ¿qué representa ese grupo escultórico que has traído? ..

LUIS. Es un gladiador que tiene pendiente de un brazo al otro gladiador vencido. Cada figura es de un escultor distinto. Una es del famoso escultor italiano Censurino Bessoboni, y la otra de su discípulo nuestro glorioso Salcillo. El Bessoboni es el gladiador triunfante, y el pendiente es el Salcillo.

VICT. *(Por la izquierda. Trae el marco con un lienzo puesto que no se distingue bien lo que representa.)* ¿A ver cómo queda?

LUIS. ¡Admirable!

PATRI. ¡Yo lo creo!

CARO. Parece otro el marco.

IRENE. Por Dios, Carolina, y que tú hayas pintado eso... Pero si no se sabe lo que es...

LUIS. Trae, vamos a colocarle aquí, donde luzca bien. *(Lo cuelga en sitio bien visible.)* ¡Ajajá!

CARO. ¡Qué espanto! Fíjate cómo la rosa parece una sandía.

PATRI. Bueno; falta media hora para abrir la almoneda. En los anuncios de los periódicos hemos dicho que a las cuatro.

IRENE. Sí; vamos a dar una vuelta a ver si todo está en orden.

CARO. Sí, vamos. *(Se van Carolina, Irene y Victoria por la puerta de la izquierda. Patricio, desalentado, se deja caer en una silla.)*

LUIS. ¿Qué te pasa, hombre? A más de preocupado, te encuentro hipocondriaco y melancoliaco.

PATRI. ¿Te parece que tengo poco sobre mí?...

LUIS. ¿Cómo ha de parecerme semejante cosa? Pero vamos, no sé por qué creo que te ha ocurrido recientemente algo nuevo.

PATRI. Pues bien, sí, Luis, tienes razón. Hay algo que me causa una preocupación hondísima. Tú eres mi amigo, ¿no es verdad?

LUIS. ¿Puedes dudarlo?

PATRI. Porque no lo dudo voy a hacerte una consulta, contando con que has de contestarme con toda sinceridad.

LUIS. Con la que te hablo siempre.

PATRI. Pues dime entonces. ¿Qué piensas de las asiduidades del conde de Laurelia?

LUIS. Asiduidades..., ¿con quién?

PATRI. Con Irene y Victoria. ¿No estás vinedo que apenas pasa día sin que venga a visitarlas, casi siempre acompañado de algún obsequio? Ayer fué un palco para Apolo, anteayer unas butacas para un concierto...

LUIS. Esas son cosas corrientes en sociedad y entre amigos...

PATRI. Entre amigos antiguos, tal vez; pero no entre personas que sólo hace dos meses que se tratan. Además que nuestra amistad con ese

hombre nació desde el primer día rodeada de cosas extrañas. Ya sabes lo que ocurrió en San Sebastián con la indemnización del automóvil que nos hizo añicos: que se empeñó en darme el doble de lo que le pedí. Y luego, por el "Luiú" que yo había comprado días antes en catorce duros, pretextando que tenía una manchita negra en el rabo, que yo hubiera jurado que era de tinta, me dió por él mil doscientas pesetas.

LUIS. Es que como es tan rico le gusta echárselas de generoso.

PATRI. Pero las generosidades pueden ser ofensivas cuando se abusa de ellas, y yo estoy sospechando desde hace tres horas una cosa que me trae a mal traer.

LUIS. ¿Eh? ¿Qué sospechas?...

PATRI. Estuve esta mañana a ver al casero para pedirle que no me enviara por el pronto el recibo del mes. Hasta que cobre algo de la almoneda no tengo ni un céntimo... Figúrate cuál sería mi asombro al enterarme de que tenía pagado el alquiler hasta fin de año.

LUIS. ¡Caramba, qué suerte! Pero ¿por quién?...

PATRI. El casero mismo lo ignora. Fué un desconocido el que se presentó a recoger los recibos y a entregar el dinero.

LUIS. ¿Y tú sospechas...?

PATRI. Que ha sido Laurelia; el prurito de ese hombre de mezclarse en mis asuntos y de protegerme pica ya en historia. Quieres creer que el otro día le dijo a Irene, como la cosa más natural del mundo: "Dígale de mi parte a su hermana, que si para salir de los apuros en que se encuentra necesita alguna cantidad, yo se la ofrezco por considerable que sea".

LUIS. ¡Caramba, qué desprendimiento!

PATRI. Dí más bien qué indelicadeza. No se estila ofrecer dinero en esa forma a ninguna mujer, y menos a la que se ha cortejado.

LUIS. Es verdad, porque, según tú, allá en Melilla...

Escucha. ¿Es que ha vuelto á las andadas?...

PATRI. Victoria asegura que no; que no hay en la actitud del conde nada sospechoso; que la trata con el mayor respeto, y que no la ha dicho una sola palabra que se preste al equívoco; pero yo tengo el convencimiento de que cuando un liberuno profesional como Laurelia anda á todas horas detrás de dos mujeres jóvenes y bien parecidas, como Irene y Victoria, alguna intención debe llevar.

LUIS. Es de temer. Ahora, que si es tu cuñada la que le gusta, no hay en ello nada de ilegítimo.

PATRI. Ojalá fuera así, porque Irene, aunque ella lo niega terminantemente, ve al conde con demasiada simpatía. Pero ella afirma, lo mismo que mi mujer, que Ramiro no le ha hecho jamás la menor insinuación amorosa.

LUIS. Y debe ser cierto. Siendo libres los dos no tendrían por qué disimularlo.

PATRI. El tiro va contra Victoria, no lo dudes.

LUIS. ¿Estás celoso?

PATRI. En el sentido de dudar de mi mujer, no lo estoy ni lo estaré nunca; en el de molestarme que ese supuesto Don Juan quiera reírse de mí, no te oculto que siento unos celos terribles.

LUIS. Pues chico, como los creo justificados, porque un conquistador de esa especie no puede venir con buen fin, yo creo que no tienes más que un camino: cortar por completo toda relación entre Victoria y él.

PATRI. Lo mismo me parece, y puesto que tu opinión coincide con la mía...

VICT. *(Entrando en escena con Irene y Carolina, por la puerta del fondo.)* Ya está todo listo. Le hemos encendido una lamparilla a San Dimas, el buen ladrón, patrón de las transacciones comerciales, para que las ventas sean favorables.

IRENE. Yo creo que debemos decir á Ramona que abra la puerta...

CARO. *(Al ver a Ramona, que entra en escena por la puerta de la derecha.)* Aquí la tienes.

RAMO. *(Criada joven.)* Ahí está el señor conde de Laurelia.

VICT. ¡Hombre!

IRENE. Cuánto me alegro...

PATRI. *(A Ramona.)* Dile que las señoras no pueden recibirle.

VICT. *(Asombrada.)* ¿Eh?

IRENE. *(Idem.)* ¡Patricio!...

PATRI. *(A Ramona.)* Ya lo ha oído usted. Vaya en seguida. *(Vase Ramona por la puerta de la derecha.)*

VICT. ¿Te has vuelto loco, Patricio?

IRENE. Ramiro no ha dado motivo alguno...

PATRI. Yo sé lo que me hago y no estoy dispuesto a darle explicaciones a nadie.

VICT. ¿Pero...?

PATRI. No hay más que hablar del asunto. Y hasta luego. Me esperan ahora en las oficinas de La Hamburguesa para tratar del asunto de los pasajes. Adiós. *(Mutis por la derecha.)*

LUIS. Yo voy a instalarme en el "hall" por si viene alguien... ¡Ah!, Carolinita, ¿por qué no me haces una copia clarita del inventario, tú que tienes tan buena letra?...

CARO. Ahora mismo, encanto. *(Toma unos papeles que Luis le da, y se va por el foro.)*

LUIS. *(Viéndola ir.)* ¡Qué criatura! ¡Me quiere de un modo!... Cuidado que yo le doy motivos para que me aborrezca, porque su cariño es mi ruina. Claro, queriéndome ella de ese modo, ¿cómo voy a ganar?... *(Agachándose y cogiendo un lápiz del suelo.)* ¡Caramba! ¡Un lápiz!... Siempre que me he encontrado un lápiz he dado siete golpes... Ahora para darlos como no me encuentre un martillo... *(Haciendo mutis por la derecha.)* Vamos a la obligación. Al primer comprador que asome la oreja le cuelgo yo el Salcillo. *(Vase.)*

IRENE. ¿Has visto cosa más extraña?

VICT. A mí no me ha sorprendido. Hace días que vengo notando que Patricio tiene celos.

IRENE. No basta una sospecha infundada para justificar la grosería que acaba de hacer. ¿Te ha dicho nunca Ramiro una sola palabra de cariño?

VICT. Ni él me la ha dicho, ni yo se la hubiera tolerado; pero Patricio ha sido siempre receloso... Y en esta ocasión puede que merezca disculpa. El conde tiene mala fama...

IRENE. Todo lo que tú quieras; pero es demasiada malicia suponer que un hombre, aunque sea un calavera, no puede hablar dos veces con una mujer sin llevar intenciones torcidas.

VICT. Eso es lo corriente.

IRENE. Será lo corriente, pero ahora no es cierto.

VICT. ¿Estás tú completamente segura de que nuestro amigo, al demostrarnos la... incomprensible simpatía que nos demuestra, no oculta una segunda intención?

IRENE. ¿Cuál puede ser?

VICT. La más natural del mundo: que está prendado de ti.

IRENE. *(Tristemente.)* No.

VICT. Mujer, al fin y al cabo, nos busca a todas horas a las dos, no a mí sola, y tan verosímil es... es decir, no; es mucho más verosímil que sea de ti de quien está prendado.

IRENE. Vuelvo a asegurarte que no; que a mí no me ha dicho nunca una sola frase que pueda dar a entender que me pretende. Además de que eso se conoce en todo...

VICT. Pues entonces, hija mía, estamos en presencia de un enigma, porque no se comprende qué fin persigue, abrumándonos de obsequios e interesándose por nuestra situación, hasta el punto de pagar nuestras deudas..., porque, indudablemente, ha sido él quien ha pagado los recibos de la casa y la cuenta de la modista.

IRENE. ¿Eh? ¿La cuenta de la modista también?...

VICT. Sí; no he querido contártelo delante de Patricio, por no excitar más sus sospechas, pero esta mañana fuí a ver a madame Durand para

decirle que desde Chile lo enviaría el importe de la cuenta, y me quedé asombrada cuando me contestó: "Pero si la señora no tiene ninguna factura pendiente; el jueves me trajeron de su parte el dinero..." Chica, me quedé loca.

IRENE. ¿Tendrá algún espía que vaya a contarle nuestros apuros?

VICT. ¿Qué más espía que él mismo? ¿No recuerdas que la otra noche, en el teatro, estuvimos hablando tú y yo de esa cuenta? Sin duda nos oyó, y como se ha propuesto ser nuestra providencia..., por lo que sea,

IRENE. Me parece que voy a acabar por dar la razón a los celos de tu marido. Las cosas que hace ese hombre sólo pueden estar inspiradas por el amor, y puesto que en otro tiempo...

VICT. Yo te juro, Irene, que no he visto jamás en sus ojos el menor destello de cariño, ni aun el más leve chispazo de deseo.

IRENE. ¿Entonces qué móvil puede tener su conducta?

VICT. No sé, no sé... Parece cosa de novela...

IRENE. Calla, que algún viene con Luis.

VICT. Será algún comprador. Vámonos.

IRENE. Sí, qué necesidad tiene una... ¡Ojalá lo compren todo pronto!

VICT. ¡Qué lástima!... ¡Mi casita!... Mis muebles!... *(Se van por el foro. Tras una breve pausa entran en escena Juanito Barca y Pepe Parras.)*

JUAN. *(Hablando hacia el lateral.)* No te preocupes, hombre. Aguardaremos aquí, curioseando lo que hay en este salón.

PEPE. Chico, ¿así es de pelmazo tu amigo Montilla?

JUAN. No, hombre; si es un tío simpatiquísimo. Ahora, que es un poco raro y se conoce que ha hecho cuestión de amor propio el venderle a ese señor esa birria de grupo escultórico, y por eso le está dando ese tostón tan espantoso con el Bessoboni y con el Salcillo.

PEPE. Que a lo mejor no es nada de eso.

JUAN. ¡Qué va a ser, si miente más que habla!...

PEPE. ¿Y por qué dice que está al frente de la almoneda?

JUAN. Porque es muy amigo de Reguera, el dueño de la casa.

PEPE. Pues aquí hay cosas que no están mal.

JUAN. Ya lo creo. De esta hecha cumple Ramiro su juramento, y le devuelve a esta gente las cuatrocientas ochenta mil pesetas que aún les adeuda.

PEPE. ¡Qué Quijote es! ¡Devolverles un dinero que yo gané para él tan legítimamente!...

JUAN. Déjalo. Después de todo, hace bien. Puesto que le sobra... Además, que en este bonito juego de la devolución hay su riesgo, y todo lo que es comprometido y arriesgado tiene su encanto.

PEPE. No te entiendo. ¿Qué es lo que quieres decir?

JUAN. Que no es fácil devolver cien mil duros a un marido honorable y escamón, que en buena ley se dejaría matar antes que admitir un solo céntimo.

PEPE. ¡Ah! Pero ¿el marido está escamado?

JUAN. Dice Ramiro que se marcan las bofetadas.

PEPE. *(Preocupado.)* Caramba, hombre, ¿y para eso me traes aquí? Esas experiencias se hacen con un gato, caramba. ¿A que jinojo me metes a mí?...

JUAN. Como tú ganaste el dinero, justo es que contribuyas a restituirlo.

PEPE. Pero ¿yo qué porras sé a quién se lo gané, ni qué me importa, caray? Hombre, pues tendría gracia que encima de haberle hecho un favor saliera yo con las manos en la cabeza y .. vendándomela.

JUAN. No seas criatura; no te preocupes. Para nosotros no hay peligro ninguno.

PEPE. ¿Crees tú?

JUAN. Nosotros, en esta comedia de la devolución, nos repartimos los bonitos papeles de los que favorecen; de los que llegan adonde hay una

necesidad y dan noventa mil duros por una maritata.

PEPE. Los vas a dar tú solo.

JUAN. ¿Eh?

PEPE. Yo en este juego actúo solamente de mirón.

JUAN. ¡Qué pusilánime eres, Pepe!

PEPE. Tú déjame a mí.

JUAN. Mira, nuestro deber es caminar con pies de plomo.

PEPE. Según.

JUAN. Y no ofrecer nada por nada hasta que venga Paco Núñez y nos asesore. Paco sabe mucho de muebles y de antigüedades y de pinturas.

PEPE. Eso dice él.

JUAN. Hombre, ¿vas a negar que Paco entiende de pinturas?

PEPE. Si entendiera no iría su mujer con los labios pintados de corinto, y los carrillos de oporto, y la frente de yodo, que parece una paleta loca.

JUAN. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* ¡Calla!...

LUIS. *(Enfadadísimo, por la puerta indicada y hablando hacia el lateral.)* ¡Vaya usted mucho con Dios!... ¿Eh?... ¡Y usted a... esparragar!... ¡Nos ha fastidiado!...

PEPE. *(Escamado.)* (¡Caracoles!)

JUAN. Pero ¿qué te pasa, hombre?

LUIS. Que hay tíos borrachos que quieren comprar por veinte duros el coleo de Benlliure, la Salomé de Romero de Torres y el cuadro de las cigarreras de Sevilla, de Bilbao.

JUAN. ¿En qué quedamos?

LUIS. Ofrecerme setenta pesetas por un Salcillo.

JUAN. Claro; por uno nada más.

LUIS. ¡Ah! Pero ¿es que te vas a pitorrear de mí en estas circunstancias?

JUAN. Pero ¿es que te vas a enfadar tú, que no te has enfadado nunca?

LUIS. Es que nunca me he visto como me veo ahora, Juanito: con el agua al cuello y sin saber nadar. ¡Un maldito diez y siete!... Ya sabes

mi manera de ser. Creo en los detalles, y me fallaron tres curas, un parche, una liga, un sombrero de paja y cinco guindas que llevaba una cocota en una pamela.

JUAN. ¡Válgame Dios, hombre! Entonces estás a dos velas...

LUIS. A dos velas y sin timón. Con decirte que parte de los muebles que hay aquí son de mi propiedad.

JUAN. ¡Ah! ¿Sí?

LUIS. He aprovechado la almoneda de este amigo mío y he traído a ella cuanto me quedaba de algún valor: este arcón, ese vargueño, esos dos cuadros, este sillón, el grupo del recibimiento y un magnífico repostero que he colgado en el comedor.

JUAN. Pues no sabes cuánto celebro el que me lo hayas dicho.

LUIS. Te haré un precio de amigo, ¿eh?

JUAN. No; si yo no voy a comprar nada. El comprador es Parras, este amigo, que ya está cansado de vivir en hoteles y ha decidido poner casa.

PEPE. *(Escamado.)* ¡Hombre, Juanito...

JUAN. ¿Vas a decir que no?

PEPE. No, no digo que no; pero ya sabes que yo... no...

JUAN. *(A Luis.)* Quiere decir que él no compra nada sin que le aconseje precisamente un amigo a quien estamos esperando: un tal Paco Núñez, ¿no le conoces?

LUIS. *(Haciendo memoria.)* Núñez, Núñez... Me suena a mí esto de Núñez.

JUAN. Es un muchacho versadísimo en estas cosas; un verdadero técnico. No tardará.

CARO. *(Por la puerta del fondo. Trae unos papeles.)* Oye, Luis... Buenas tardes. *(Juanito y Pepe contestan rendidamente.)* Con el permiso de ustedes...

LUIS. Sí, con vuestro permiso.

JUAN. ¡Por Dios!

PEPE. ¡No faltaría más! *(Hablan aparte Luis y Carolina.)*

JUAN. *(A Pepe.)* No hay que comprar nada de lo de éste, ¿eh?

PEPE. Allá tú. Y a mí hazme el favor de no meterme en más líos, porque cojo la puerta y me voy. *(Rumor de voces dentro.)*

JUAN. Ahí está ya Paco Núñez.

NUÑEZ. *(Entrando en escena por la derecha.)* Hola... *(A Luis y Carolina.)* Buenas tardes... *(Acercándose a Pepe y Juan y con el misterio necesario.)* Perdonad la tardanza; pero me ha entretenido Ramiro. Hay novedades.

PEPE. ¿Eh?

NUÑEZ. A Ramiro no han querido recibirle aquí esta tarde. Hay que andar con ojo, porque va a haber palos.

JUAN. *(Cogiendo a Pepe del brazo, al ver que mira hacia la puerta y se abolona la americana, como para echar a correr.)* No seas idiota, hombre.

NUÑEZ. Quiere Ramiro terminar este asunto de una vez. *(Sacando un papel.)* Tiene que devolver cuatrocientas setenta y un mil pesetas. Ese es hoy el saldo de la cuenta; de modo que vamos a ver.

JUAN. Te pondré en antecedentes, porque aquí hay muebles que no son de Reguera. Mira... *(Siguen hablando.)*

LUIS. *(A Carolina, en el otro extremo de la escena.)* Sí; ese amigo de ellos viene como técnico.

CARO. Pues nos va a fastidiar, porque como nada de lo que hemos traído es bueno...

LUIS. No tengas cuidado. Hace media hora, cuando estaba yo en el despacho, se posaron dos gorriones en el balcón, y ya sabes que eso es de una buena suerte que atolondra. Venderemos nuestros muebles y muy bien vendidos. Estoy dispuesto a defenderlos de todas las maneras. *(Cogiendo una gumia que habrá sobre un muc-*

ble.) A quien les ponga un defecto, le atravieso. *(Siguen hablando.)*

NUÑEZ. *(A Pepe.)* Eso es lo de menos. Tú dices que no compras el arcón ni el vargueño, porque los muebles antiguos te dan asco.

PEPE. *(Que está escamadísimo con lo de la gumía y que no quita ojo a Luis.)* Pero siempre he de ser yo... *(Continúan hablando.)*

LUIS. *(A Carolina.)* Déjame con ellos.

CARO. En el despacho estaré con las chicas. *(Mutis por el foro.)*

LUIS. *(Acercándose al grupo.)* ¿Este señor es el técnico?...

NUÑEZ. Nada de eso; un aficionadillo simplemente.

JUAN. *(Presentando.)* Luis Montilla... Paco Núñez... *(Saludos.)*

LUIS. *(A Núñez.)* Pues fíjese usted, que es entendido, porque hay aquí algunas cosas bonitas. Mire usted qué arcón. Esto es más antiguo que la letra A.

NUÑEZ. *(Con gesto de indiferencia.)* ¡Pschs!...

JUAN. / PEPE. *(Idem.)* ¡Pschs!...

LUIS. Es de madera de abedulillo, que es rarísima.

NUÑEZ. Sí, sí; pero...

LUIS. El vargueño es también una preciosidad. Está hecho de una madera resinosa y teosa, que perfuma cuanto se guarda en él. Es muy curioso.

NUÑEZ. *(Como antes.)* ¡Pschs!...

JUAN. / PEPE. *(Idem.)* ¡Pschs!...

LUIS. *(Tragando saliva y desenfundando la gumía.)* Pues sí que...

PEPE. ¿Eh?

LUIS. No, nada; que al silloncito no lo mirarán ustedes con esa indiferencia. Es un sillón prelaticio. Asiento curiáceo o de cuero y una talla divina. Aquí están las insignias de la nababia o dignidad de abad. Este fué adquirido en Salamanca, en el convento de Valdelamusque, y era el sillón que solía usar en los poéticos atar-

deceres el preboste o prior de la comunidad.

JUAN. Muy bonito, Luis, muy bonito.

NUÑEZ. Describe usted poéticamente.

PEPE. Tiene usted estro.

LUIS. Sí, señor; tengo estro y lo "ostro", que son ganas de vender.

JUAN. Pues a Pepe, estas cosas antiguas y de mérito no...

NUÑEZ. No; a Pepe, no... *(A Pepe.)* ¿Verdad?

PEPE. *(Que no sabe qué decir, porque Luis le mira como para cortarle el cuello.)* Hombre, te diré...

JUAN. Dice que le dan asco. Tiene ese mal gusto.

LUIS. *(Agresivo y desempladado.)* En efecto, pensar así no es de persona culta ni muchísimo menos.

PEPE. *(Preocupadísimo.)* ¡Ea, pues no! Ventajas a mí, de ninguna manera. *(A Luis, y por los dos cuadros de su propiedad.)* Esos dos cuadros me entusiasman a mí. *(Juanito y Núñez se miran asombrados.)* Y con lo que yo compre en esta casa, me llevo esos dos cuadros. ¡Ya está dicho!

LUIS. *(Trocando su agresivismo en placidez.)* Se ve que sabe usted apreciar lo que es bueno.

NUÑEZ. *(Por el lienzo pintado por Victoria.)* El que es una maravilla es ese bodegón.

LUIS. (¡Atiza!)

NUÑEZ. Antiquísimo. Escuela flamenca. No hay dinero para comprar ese cuadro.

PEPE. También lo compraré. Pero estos dos van por delante.

JUAN. ¿Qué es lo que representan?

LUIS. Pues el retratado no se sabe a ciencia cierta quién es. Unos creen que es el crítico helénico Apio de Tasos, y otros Apio Pronópidas, el poeta griego que escribió por primera vez de izquierda a derecha.

JUAN. *(Tomándolo a chacota.)* Apio Pronópidas... No sabía yo que Pronópidas era también Apio. *(Ríe.)*

LUIS. En cuanto a este otro cuadro, se ve claramente lo que representa: es la batalla de Platea.

PEPE. ¡Caramba!

LUIS. Ustedes no ignoran que Platea fue teatro de una gran batalla...

JUAN. Claro, hombre.

LUIS. Pues aquí está Arístides después del triunfo sobre los persas, diciendo que sólo Platea es acreedora de la victoria y declarando sagrado e inviolable el lugar de acción de la batalla.

PEPE. Aquí se ve un grupo de mujeres.

LUIS. Sí, aquí abajo; ésas son las plateas.

NUÑEZ. Aquellos de más arriba no se distinguen bien.

JUAN. *(Como antes.)* Deben ser los palcos. *(Risas.)*

LUIS. Veo que hay buen humor, y lo celebro. Yo también estoy contento.

PEPE. Y eso me gusta, hombre. Bueno; conste que los tres cuadros son míos, ¿eh?

NUÑEZ. Mira, Pepe, que el bodegón no hay dinero con qué comprarlo. Es cuadro de setenta mil duros, ¿no?

PEPE. Ese cuadro lo compro yo en setenta mil duros, y lo vendo en medio millón de pesetas. *(Luis les mira asombrado.)*

JUAN. Bueno; vamos a dar un vistazo a los otros salones...

PEPE. Te advierto que yo por mi gusto haría una cosa: lo compraría todo; me quedaría con la casa tal como está, y me vendría a vivir a ella mañana mismo.

JUAN. Pues eso es bien sencillo: haces un precio por todo, y luego, como éste tiene aquí unas cosillas, que se ponga de acuerdo con el dueño de la almoneda.

LUIS. Claro, hombre; eso es lo de menos. Patricio y yo es como si fuéramos hermanos. *(Indicando la puerta de la izquierda.)* Pasen ustedes por aquí y daremos la vuelta.

JUAN. *(Haciendo mutis.)* Gracias.

NUÑEZ. *(Idem.)* Muchas gracias.

PEPE. *(Idem.)* Gracias, amigo mío... (¡Ventajas a mí!...)

LUIS. *(Contentísimo.)* (¡Voy a levantar una de billetes!... Los gorriones me han traído la buena. No todo me iba a fallar.) *(Vase. Por el foro entran silenciosamente Irene, Victoria y Carolina.)*

VICT. ¿Han oído ustedes?... ¿Y ahora?... ¿Qué me dicen ustedes ahora? Son los íntimos del conde. Aunque no les conocemos personalmente, sabemos que son sus amigos inseparables y vienen aquí a comprar mandados por él. Claro, es un medio perfectamente lícito de obligarnos a tomar el dinero que tan generosamente nos ha ofrecido otras veces.

CARO. ¿Crees tú?

VICT. Cómo si no, pueden ofrecerse setenta mil duros por ese cuadro pintado por mí.

CARO. Sí, claro...

VICT. ¿Por qué es todo esto, Dios mío?

IRENE. Voy a salir de dudas ahora mismo.

VICT. ¿Eh? ¿Qué vas a hacer?

IRENE. Llamar a Ramiro por teléfono. Sé dónde está a estas horas.

VICT. ¿Pero...?

IRENE. Espera. *(Se va por la puerta de la derecha.)*

VICT. ¡La pobre!...

CARO. ¿Eh? ¿Crees tú que ella...?

VICT. Ella lo niega, pero a mí no me engaña: está enamoradísima de él.

CARO. Pues es muy de sentir. Ramiro no es hombre que...

VICT. Opino lo mismo que tú. Sin embargo... ¡Hay un misterio tan grande en todo esto!...

CARO. Lo que no puede negarse es que como pintora has quedado a una altura infinita. Porque ellos dirán que tus flores son un bodegón, pero tasan el cuadro en setenta mil duros.

VICT. ¡Si llego a pintarlo bien!...

LUIS. *(Por la izquierda, precipitadamente.)* Carolina... o tú, Victoria... Que no dejen pasar a na-

die a la almoneda, porque está todo vendido.

VICT. ¿Eh?

CARO. ¿Qué?

LUIS. ¡Como que no soy yo nadie vendiendo!

VICT. Pero...

LUIS. El señor Parras lo ha comprado todo en cuatrocientas setenta y un mil pesetas.

VICT. ¡Jesús!

CARO. ¡Pero Luis!...

LUIS. *(Mirando hacia la puerta de la izquierda e imponiendo silencio.)* ¡Chist!...

IRENE. *(Entrando por la derecha.)* Dentro de dos minutos está aquí.

LUIS. *(Como antes.)* ¡Chist!...

IRENE. ¿Qué pasa?

VICT. ¡Que lo han comprado todo en cuatrocientas setenta y un mil pesetas!

IRENE. ¿Te convences?...

VICT. Si yo estoy convencida .. *(Disimulan al ver entrar en escena a Pepe, Juanito y Núñez. Los tres saludan serios y ceremoniosamente a las señoras con reverentes inclinaciones.)*

PEPE. *(A Luis.)* Amigo Montilla... Tamisimo gusto .. Dentro de un rato volveré con el cheque, y me extenderá usted un "vendí" para unirlo al inventario, como convinimos...

LUIS. Sí, señor.

JUAN. Buenas tardes.

NUÑEZ. *(Despidiéndose de Luis.)* Ya sabe que puede disponer de mí...

PEPE. *(A Juanito, muy satisfecho.)* Tenías tú razón; es un bonito papel el de venir y... ¿eh? *(Dándose un pisto loco.)* ¿Vamos, señores? *(Muy sonriente, a Victoria y Carolina.)* Lo he comprado todo. Dijeron cuatrocientas setenta y un mil pesetas, y cuatrocientas setenta y un mil pesetas... Para mí el dinero es lo de menos. Yo soy así. Llego, veo y... todo. ¡Lo he comprado todo! Buenas tardes. *(A Luis.)* Me gusta la de la almoneda.

LUIS. ¿Cuál?

PEPE. La de los ojos grandes...

LUIS. Es mi mujer.

PEPE. *(Que no sabe qué contestar, haciendo mutis muy de prisa.)* Buenas tardes. *(Vase seguido de Juanito y de Núñez.)*

LUIS. *(Haciendo mutis tras ellos.)* Ha comprado todos los muebles y ha metido toda la pata. *(Vase.)*

VICT. ¿Dudas ahora, Irene? ¡Cuatrocientas setenta y un mil pesetas!

IRENE. ¿Pero cómo es posible hacer tan mal las cosas?

VICT. Cuando Patricio se entere...

CARO. Por Dios, Victoria, no vayas a decirle... Sería capaz de echarlo todo a rodar, y eso no. Este negocio puede ser la salvación para todos. ¡Recuerda que Luis y yo no tenemos qué comer!

VICT. ¿Pero cómo voy yo a ocultarle...?

LUIS. *(Por la derecha, cantando.)* Apriétate contra mí, como en autobús... ¡Vivan los gorriones!... Bueno, yo necesito hacer mi cuenta, para ver lo que me corresponde, que deben ser unos once mil duros, porque como están ahí las facturas de lo que costaron vuestros muebles, y en realidad a lo único que le han puesto precio es al "bodegón", pues de cuatrocientas setenta y un mil se quitan trescientas cincuenta mil y quedan ciento veintiún mil. Como vuestros muebles costaron cincuenta y un mil, pues quitando cincuenta y un mil de ciento veinte y un mil, quedan setenta mil... ¡Catorce mil duros! ¡Más de lo que yo creía! *(Cantando y bailando.)* Apriétate contra mí, como en autobús... Además espero que Patricio me dará alguna comisión... Ven, Carolina; haremos las cuentas y el verdí... Si ustedes, como partes interesadas, quieren ayudarnos...

PEPE. *(Que no quita ojo ni oído de la puerta de la derecha.)* Sí, Victoria irá...

VICT. Bueno.

IRENE. *(Aparte a Victoria.)* Ahí está. Avísame si vuelve Patricio.

VICT. Vamos.

LUIS. *(Haciendo mutis por el foro con Carolina y Victoria.)* ¡Qué verdad es que cuando los gorriones se posan en el balcón!... *(Vase.)*

IRENE. Sí, es él... *(Se sienta y adopta la más sugestiva de las posturas. Al ver entrar a Ramiro.)* ¡Oh! Ramiro...

RAMI. Buenas tardes, Irene...

IRENE. No sabe cuánto le agradezco que haya venido

RAMI. Ya puede agradecérmelo.

IRENE. ¿Está usted enojado?

RAMI. Un poco. Se lo declaro con la franqueza que debo a... un amigo; porque me figuro que lo ocurrido hace un instante no será causa de que rompamos nuestro tratado de ser siempre y en todo momento dos camaradas...

IRENE. Yo no me olvido jamás de mis promesas.

RAMI. Caramba, pues nadie lo diría, después de haberme arrojado de su casa, porque a eso equivale el recadito que me enviaron antes, dándome con la puerta en las narices. ¿Qué ha sucedido, Irene?

IRENE. ¿Quiere usted que le diga la verdad?

RAMI. Creo que tengo derecho a exigirla de... un camarada.

IRENE. Pues sépala sin ambages: mi cuñado está celoso de usted.

RAMI. ¿Sabe aquel flirt inocente de Melilla?

IRENE. No es lo pasado, sino lo presente lo que excita sus celos. Son sus continuas... asiduidades con mi hermana...

RAMI. Las mismas tengo con usted, y usted sabe muy bien, Irene...

IRENE. Yo sé, y así se lo he dicho, que su amistad con Victoria no puede ser más respetuosa y correcta; ¿pero quién evita las sospechas de un marido, cuando las apariencias les dan aspecto de verdad?

RAMI. ¿Aspecto de verdad? Explíquese, por Dios.

IRENE. Hay cosas que son difíciles de decir.

PATRI. Para su ingenio no puede hacer dificultad en nada, y menos tratándose de un camarada como yo.

IRENE. Hombre, eso de camaradería va a servirme. Es un buen recurso. Figurémonos que nosotros no somos ahora nosotros, sino dos camaradas, en efecto; dos estudiantes... que no estudian, como la mayor parte de los estudiantes. Yo me llamo... Paco, y usted... Ramón. ¿Le gustan los nombres?

RAMI. No los hay mejores en el calendario.

IRENE. Y, por supuesto, no estamos aquí, en esta casa, sino en... en un café.

RAMI. En el Oriental. Lo encuentro más clásico para dos estudiantillos que quieren hacerse sus confidencias.

IRENE. Pues partiendo de la base de que estamos en el Oriental...

RAMI. Espere usted, porque tenemos que tomar algo... Un vermouth, unas anchoas con sus palillitos... Ya están aquí. Empiece usted.

IRENE. ¿Qué usted ni qué usted, hombre? De tú. Si yo no soy yo, yo soy Paco.

RAMI. Pues empieza, Paquillo.

IRENE. Dame un cigarro.

RAMI. Caramba; nunca tienes. ¿Cuándo vas a comprar tabaco?

IRENE. Trae y no gruñas. *(Enciende un cigarrillo que Ramiro le da.)* Dime la verdad. A ti te gusta una mujer, ¿no es cierto?

RAMI. Mira, Paquillo, a mí me gustan todas las que veo.

IRENE. Bueno, pero unas más que otras, porque yo sé, pongo por caso, lo que de unos meses a esta parte vienes tú haciendo por... por una mujer.

RAMI. ¡Chico!

IRENE. Sí, sí, no pongas cara de extrañeza ni te hagas el pasmao... *(Fuma.)* A ti esa mujer te gusta que te alienas, y como sabes los apuros que

está pasando, porque no tiene dos gordas, tú no perdonas medio de protegerla ocultando lo que haces.

RAMI. ¿Eh?

IRENE. Recoges los recibos de la casa, pagas sus cuentas...

RAMI. *(Chulonamente.)* ¡Te daba así!...

IRENE. ¿Eh?

RAMI. ¿Pero tanta cara de primo tengo yo, so lila? ¿Crees que en pagar trampas de nadie me voy a gastar el dinero de la fonda? ¡Vamos, hombre! Tú estás mochales. Para que se te despeje el caletre te voy a convidar a otro vermouth.

IRENE. Puesto que eres tan mal amigo que no me dices la verdad, no quiero más vermouth, ni más cigarros, ni más nada. *(Levantándose.)* Volvamos a la realidad. *(Cambiando de tono.)* Y le aseguro que no esperaba esa falta de franqueza de usted, señor conde.

RAMI. Pues el señor conde, como me llama tan ceremoniosamene, no puede contestarle otra cosa sino que ha dicho la verdad; que los celos de su cuñado no tienen el menor fundamento y que jamás me ha pasado por las mientes volver a hacer la corte a Victoria.

IRENE. En eso le creo; en lo otro, no. ¿Es que no es usted el bienhechor oculto que nos protege? Comprenda que cuando me he atrevido a llamarle, después de lo ocurrido, debe ser porque tengo un interés muy grande en aclarar el asunto. Los celos de Patricio no se disiparán hasta que usted no diga en alta voz: "Sí, soy yo quien les ha hecho esos favores, pero no por ganarme con ellos la voluntad de una mujer honrada, en la que no pienso, sino por... por lo que sea..." Mano que derrama mercedes y se oculta, se hace sospechosa de perseguir fines inconfesables.

RAMI. ¿Y voy a confesar lo que no es cierto?

IRENE. ¿No es cierto que ha mandado usted comprar

estos muebles en cuatrocientas setenta y un mil pesetas?

RAMI. ¡Ah! ¿Pero ya. .?

IRENE. Sí, señor; ya han venido.

RAMI. Pregunto si ya han sido comprados porque yo he querido adquirir algunos...

IRENE. No está mal corregida la torpeza; pero ya ha declarado...

RAMI. ¡Por Dios, Irenita! Ni he declarado, ni puedo declarar lo que no existe. ¿Por qué he de ser yo ese protector desconocido que busca? ¿Hay acaso algún motivo?...

IRENE. Ahí tiene usted lo único que me hace dudar en mi convicción; que, efectivamente, no hay motivo alguno para que usted se interese de ese modo con nosotros, que debemos serle indiferentes...

RAMI. Eso no. Usted no puede ser para mí una indiferente. En primer lugar, porque intenté matarla, y eso me liga a usted con el lazo del remordimiento, y después, porque hemos congeniado desde el primer instante.

IRENE. *(Melosa y coqueta.)* ¿Es verdad eso?. .

RAMI. Palabra de honor.

IRENE. No me engaña...

RAMI. *(Encandiladillo.)* Ya le he dicho varias veces que ocupa el primer lugar en mi lista de mujeres...

IRENE. ¿Eh?...

RAMI. Que no son mujeres.

IRENE. *(Con el alma en los mismísimos talones.)* ¡Ah!

RAMI. Es decir, de las que no tienen sexo determinado; de las que no me atraen, en el mal sentido de la palabra, y a las que por eso mismo miro con el mayor respeto y me inspiran mayor simpatía.

IRENE. *(Queriendo sonreir y sin que le salga la sonrisa.)* Es verdad; no me acordaba ya de...

RAMI. La única prueba de afecto que yo puedo dar a una mujer es no enamorarme de ella, y usted me parece que no puede tener queja en ese

punto. ¿Ha oído una sola frase de cariño en mis labios?

IRENE. Ni la he oído... *(Con honda pena, que no sabe disimular.)* ni espero oírlas.

RAMI. *(Comiéndosela con los ojos.)* Puede tener la completa seguridad. *(Separándose de ella.)* (¡No me caso, no me caso y no me caso!)

VICT. *(Por el foro.)* Irene... *(Afectando sorpresa.)* ¿Cómo? ¿Ha tenido usted la amabilidad de venir? *(Le tiende la mano, que Ramiro besa.)*

IRENE. Ha venido, y se niega a decirnos lo que deseamos. Yo he agotado en balde todos mis recursos. A ver si tu eres más afortunada.

RAMI. Por Dios, Irene.

IRENE. Irene ha muerto para usted.

RAMI. Apelaré a Paquillo.

IRENE. Ese está más muerto todavía.

RAMI. ¿De modo que ya no podemos hacernos nuestras confidencias?

IRENE. Si usted quiere hacérselas a él, pero de verdad, ¿eh?, de verdad, no tiene más que llamarle y acudirá al llamamiento.

RAMI. ¿Dónde?

IRENE. Donde quiera; aquí o al Oriental. Pero está siempre dispuesto a tomar un vermouth con usted... pero hay que pedirlo de mejor clase que el de hoy... El de hoy estaba muy amargo. *(Mutis, y sale inmediatamente al oír la voz de Patricio.)*

VICT. *(Al ver a Patricio, que entra en escena por la puerta de la derecha y se detiene bajo el dintel de la misma.)* ¡Patricio!...

PATRI. *(A Ramiro.)* ¿Usted aquí?... Yo creía que le habían dicho de mi parte que en esta casa no podía recibírsele...

RAMI. Me lo dijeron antes de suplicarme que volviera.

PATRI. ¿Le han suplicado?...

RAMI. Sí.

PATRI. ¿Quién? ¿Mi mujer?

RAMI. Irene.

PATRI. Irene no estaba autorizada...

RAMI. Por ignorarlo vine. Ahora que lo sé, haré lo que debo, sin nuevas advertencias. Yo soy quien quiere hacerle una.

PATRI. ¿Cuál?

RAMI. Que puedo salir de aquí con la frente muy alta. *(Saluda con una inclinación de cabeza, y se va por la derecha.)*

VICT. ¿Qué has hecho, Patricio?

PATRI. Lo que debía. Ese hombre no puede volver a poner los pies en esta casa.

VICT. Vuelvo a decirte, Patricio, que no me ha cortejado ni un solo momento.

PATRI. Será una estratagema de... profesional. ¿Qué otro objeto pueden tener las generosidades con que trata de abrumarnos?

VICT. El niega ser quien hace esas cosas...

PATRI. ¿Y tú le das crédito? ¿Quién puede ser sino él? Lo que me ocurre es ya un escarnio, una deshonra... Ahora mismo, en La Hamburguesa, al ir a buscar nuestros pasajes, me han dicho, cuando me enseñaron el plano del vapor: "Puede el señor escoger los camarotes que más le gusten, porque están pagados previamente."

IRENE. ¿Eh?

VICT. ¿Es posible?... *(Por la puerta del foro entran en escena Luis y Carolina.)*

LUIS. *(Con unos papeles en la mano y cantando como antes.)* Apriétate contra mí, como en autobús...

VICT. *(Agriamente, mandándole callar.)* ¡Vamos, hombre!

IRENE. *(Idem.)* ¡Por Dios!

CARO. ¿Eh?

LUIS. *(Extrañado.)* ¿Qué pasa?

PATRI. ¿Qué ha de pasar, hombre? Que esto es para volverse loco. Que ese desconocido que va precediéndome por todas partes ha estado también en la agencia naviera a pagar nuestro viaje a Chile.

LUIS. *(A Carolina.)* ¡Que no nos saliera a nosotros un capricho de ésos!...

PATRI. ¿Qué dices?

LUIS. Nada, hombre, que esta vez tu desconocido protector ha perdido el tiempo, porque con ochenta mil duros en el bolsillo no creo yo que hagas la estupidez de irte a Chile ni a ninguna parte.

PATRI. ¿Eh? ¿Qué tonterías estás diciendo, Luis?

LUIS. ¡Ah! ¿Pero aún no le habéis dicho nada? Sí, hombre; se acabó la falta de dinero. Vuelves a ser rico como antes. Puedes cantar la "jota" como yo...

PATRI. ¿Se ha vuelto loco?

VICT. No, Patricio. No he querido decirte nada, porque estoy segura de que la noticia, más que alegría, ha de causarte disgusto; pero...

PATRI. ¿Pero qué?... ¿De qué se trata?

LUIS. De que hemos vendido cuanto hay en la casa en cuatrocientas setenta y un mil pesetas. Ahora traerán el cheque...

PATRI. *(Estupefacto.)* ¿Eh?... ¿Pero quién ha dado esa enormidad? ¿El desconocido de siempre?...

LUIS. No; esta vez no hay anónimo. El comprador es Pepe Parras, que cree haber encontrado verdaderos tesoros de arte.

PATRI. Esto es una farsa más, no lo dudes ¿Tú sabes si él es amigo del conde?...

LUIS. Eso sí.

PATRI. No hay más que hablar entonces. Gracias a Dios que hay quien dé la cara en este asunto. Gracias a Dios que voy a poder desahogarme con alguien.

PEPE. *(Por la derecha muy sonriente.)* ¿Se puede?...

LUIS. (¡Atiza!) Adelante.

PEPE. *(Seguido de Juanito Barca.)* Creo que no he tardado mucho...

LUIS. No, señor; llega usted... oportunamente.

PATRI. *(Con las de Caín.)* Oportunísimamente.

PEPE. *(A Patricio.)* Perdón... No había visto... *(Le saluda con una ceremoniosa inclinación.)*

JUAN. *(Al ver a Patricio, escamadísimo.)* (¡Anda, morena!)

PEPE. *(A Luis.)* Aquí tiene usted el cheque...

PATRI. ¿No le parece a usted, señor mío, que da muy poco dinero por lo que quiere comprar en esta casa?

PEPE. No comprendo.

PATRI. Pronto me comprenderá, puesto que por fin encuentro con quién poder explicarme. Esta vez no es esa mano misteriosa, empeñada en favorecerme contra mi voluntad, la que tengo delante; son dos hombres de carne y hueso, que van a darme cuenta de su conducta, o mejor dicho, de la conducta de quien les ha enviado... porque ustedes vienen enviados por otra persona. ¿Empieza a comprenderme ya?

PEPE. *(Preocupadísimo, mirando a Juan.)* Pues no, no... La verdad, no... *(A Juanito.)* ¿Eh?

JUAN. Allá tú; tú eres el comprador...

PEPE. *(A Juanito, en tono de reconvención.)* Hombre...

PATRI. En vista de que es usted un poco tardo de comprensión, me explicaré sin el menor eufemismo. El conde de Laurelia les ha hecho venir y ofrecer por los muebles de mi casa una verdadera fortuna, y yo les exijo que me digan con qué derecho me hace ese señor semejante ultraje.

PEPE. ¿Ultraje? *(A Juanito.)* Hombre, dile tú...

JUAN. En efecto, no veo el ultraje, ni tampoco la relación que pueda tener... Yo creo que éste no viene por nadie... Y si viene, que lo diga, ¡caramba!, y que no nos comprometa a los demás...

PEPE. Parece mentira, Juan.

LUIS. *(Mediando.)* ¿Pero quién habla aquí de tonterías?...

PEPE. Claro, señor. Lo digo, y lo digo muy alto, que no vengo en nombre de nadie, y que he ofrecido lo que en conciencia debo ofrecer, porque si es cierto que los muebles son unos muebles corrientes, en cambio este cuadro *(Por el de*

Victoria.) vale setenta mil duros, porque está pintado...

PATRI. *(Agarrándole de las solapas.)* ¡Si continúa usted, le tiro por un balcón! ¡Esas flores las ha pintado mi esposa!

PEPE. *(Lívido, acobardado y sin saber qué decir.)* ¿Eh? ¿Qué?... ¿Pero...? Yo le suplico, caballero...

VICT. ¡Patricio!...

IRENE. ¡Pero Patricio!...

CARO. ¡Por Dios santo!...

PEPE. *(Ya separado de Patricio, arreglándose las solapas y procurando serenarse.)* ¡Caray!... Yo le suplico, caballero, que no olvide que está en su casa, y que no vuelva a decir que...

PATRI. *(Desafiándole.)* ¡¡Qué!!

PEPE. Que... *(Por el cuadro.)* esas cosas son flores, ¡caramba! La sandía está clarísima.

PATRI. *(Intentando arrojarse sobre él.)* ¿Pero es una burla?... *(Las tres mujeres sofocan un grito.)*

LUIS. *(Sujetándole.)* ¡Calma, calma!...

PEPE. Sí, es lo mejor, y puesto que no nos entendemos, queda la compra sin efecto, y nos retiramos. *(Asiente Juanito.)*

PATRI. *(Ante la puerta de la derecha, cortándole el paso.)* ¡Quiá!

LUIS. ¡Anular la venta, nunca!

PATRI. *(A Luis.)* ¡Quita!... *(A los otros.)* Ustedes no salen de aquí sin confesar primero la verdad. El asunto es demasiado grave para resolverlo con una evasión. ¡Va en ello mi honor! O hablan ustedes claro, o antes de media hora recibirán mis padrinos.

PEPE. *(Apurado, a Juan.)* ¿Estás oyendo?

JUAN. No sé por qué piuraliza, señor Reguera, ni por qué me mezcla a mí en este grave asunto. Yo no soy más que un simple acompañante, que ignora en absoluto...

PEPE. ¡Hombre, Juanito!...

JUAN. En cuanto a éste... *(Muy envalentonado.)* éste no se ha negado nunca a esos requerimientos,

ni ha rehuído jamás ninguna cuestión de honor. *(A Pepe.)* ¡Dilo!

PEPE. Espera un poco, hombre...

JUAN. ¡¡Dilo!! Claro que usted comprenderá que en este caso no hay motivo...

PATRI. ¿Que no hay motivo? ¿Cabe ofensa mayor que la que me hacen en este momento? ¡Suponerme capaz de vender mi honra, mi nombre!...

JUAN. ¿Quién supone eso?

PATRI. El conde, vuestro amigo, vuestro mandatario. ¿Qué significan si no sus larguezas y sus dádivas? Cree, sin duda, que es el mejor medio de seducir a mi esposa...

JUAN. ¿Eh?...

PEPE. ¿Qué?...

PATRI. Y quiere comprar con dinero mi resignación.

PEPE. *(Aterrado.)* ¿Pero usted cree que Ramiro?...

JUAN. *(Asombrado.)* ¿Sospecha usted que es ésa la intención del conde?

PATRI. No puede ser otra, y por eso les exijo que declaren que es él quien les envía, para tener derecho a matarle. Si se obstina en callar, me entenderé con ustedes.

PEPE. ¡Basta! A mí, no... ¡Caramba!... Tomándolo de esa manera, yo no tengo más remedio que decirle a usted la verdad.

JUAN. ¿Pero...?

PEPE. *(A Juanito.)* Que me dejes, ¡porras!... Qué voy yo a... ¡Quita, hombre! *(A Patricio.)* Sí, señor;; venimos de parte de Laurelia.

PATRI. ¡Al fin!...

PEPE. Pero con una intención bien distinta de la que supone. Donde usted ve una ofensa mortal, no hay otra cosa que el intento nobilísimo de devolverle lo que le había ganado, sin que tuviera ni que agradecérselo...

PATRI. No comprendo...

PEPE. Ramiro, precisamente por mi conducto, le ganó a usted en Biarritz las quinientas mil pesetas, y cuando supo que le había arruinado,

formó el propósito de devolverle a toda costa su dinero.

PATRI. Pero si a mí aquella tarde no me ganaron más que unos billetes...

JUAN. ¿Eh?

PEPE. ¿Qué?

PATRI. Aquí está Luis Montilla que no me dejará mentir.

LUIS. Claro.

JUAN. ¿Tú? ¿Pues no me dijiste tú aquella tarde, cuando volvíamos nosotros con las ganancias, que el señor acababa de perder quinientas mil pesetas?

LUIS. Pero no en el juego, hombre, sino en la quiebra del banco Orgaiz.

JUAN. Yo entendí que había sido en el bacará, y así se lo dije a Ramiro...

PEPE. ¡Qué estúpido!...

VICT. *(Con cierta alegría, que no puede disimular.)* (No era por mí; ya lo decía yo.) *(A Patricio.)* ¿Ves cómo eres un mal pensado?... Has arrojado de tu casa a quien venía a ella con la más pura de las intenciones.

PATRI. Le pediré mil veces perdón, y personalmente le haré saber mi gratitud. En cuanto a ustedes, señores, les suplico también que me dispensen y, aunque nada vale, les ofrezco mi sincera amistad.

JUAN. ¡Oh!...

PEPE. Cuente en todo momento con la mía... *(Se estrechan efusivamente la mano.)*

LUIS. Entonces lo de la compra...

PEPE. ¡Por Dios!

JUAN. ¡Quién piensa en eso! Ya no hay objeto... *(Despidiéndose.)* Señoras...

PEPE. *(Idem.)* Muy buenas tardes. *(A Luis.)* Y conste que su mujer no me gusta nada. *(Se van por la puerta de la derecha Pepe y Juan.)*

IRENE. *(Echándose a llorar a moco tendido.)* ¡Dios mío!...

VICT. *(Acudiendo a ella.)* ¡¡Irene!!...

buen precio casi todos los muebles.

IRENE. ¡Era sólo bondad!... ¡No era cariño!...

LUIS. *(Tristísimo.)* ¡Carolina!...

CARO. *(Idem.)* ¡Tus catorce mil duros!...

LUIS. ¡¡Me han fallado también los gorriones!!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Continúan en escena los muebles de Luis; es decir, el arcón, el bargueño, el sillón, los dos cuadros y el marco antiguo, sin el lienzo pintado por Victoria. En cambio no están los bonitos muebles de ésta, y habrá en su lugar una mesa y varias sillas de estilos y tamaños diferentes. Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena Patricio y Luis. Este último, con una gamuza saca brillo al marco antiguo.)

LUIS. Tú te sonríes; pero llevo una racha de un negro humo, que aunque fuera albino, estaría culotado. ¡Señores, qué rachita! A mí no me han fallado nunca tantas cosas seguidas. ¡Qué espanto! Ahora, que el día que cambie... y cambiará porque no hay mal que en bien no se convierta y mude... El día que cambie, me voy a hinchar.

PATRI. ¿Y si no llega nunca esa hora?... ¿Y si no cambia? Porque ya ves tu, yo...

LUIS. ¿Te vas a quejar? ¿Pero cuándo has dejado tú de tener suerte?

PATRI. ¡Hombre!...

LUIS. ¡Claro, señor! Pierdes la fortuna, y en el acto surge un "quid pro quo" que quiere meterte el dinero en el bolsillo a espuertas. Se deshace el "quid", y en seguida logras vender a muy

PATRI. Sí, pero...

LUIS. ¿Qué culpa tengo yo de que seas tan Quijote, que hayas invertido el dinero en reintegrar al conde lo que equivocadamente pagó por ti?

PATRI. Era mi deber.

LUIS. Cuando no se tiene otra cosa...

PATRI. ¿Iba yo a consentir que Laurelia pagase por mí al casero y a la modista, etcétera, etcétera?

LUIS. Mira, yo dejo pagar a Laurelia y a la Benita; pues no faltaría más.

PATRI. Te conozco y sé que no sientes lo que dices. Lo que no tengo más remedio que aceptar, sin saber cuándo, podré reintegrárselo, es el importe de los pasajes. Para eso no me alcanza, aunque venda lo poco que me resta que vender y aunque me pignore yo mismo. He citado al conde esta tarde para tratar de ese asunto, a ver si acepta el que poco a poco le envíe el dinero desde Chile...

LUIS. Aceptará, hombre. Con el cariño que os tiene a todos. ¿Qué le importan a él unas miserables pesetas?...

PATRI. Y tú, ¿qué piensas hacer?

LUIS. ¡Pschs! ¡Qué se yo! Si vendiera esta porquería de bártulos y reuniese nada más que dos mil pesetillas, intentaría una combinación nueva de siete números contra veintinueve, que no puede fallar nunca.

PATRI. ¡Bah!

LUIS. Te aseguro que no falla aunque la juegues en martes y trece, y actúe Pitágoras de croupier. La he ideado en estas noches de insomnio y es una combina para ganar muchos millones. Si yo ayer no hubiera hecho el idiota honorario... Pero, chico, hay días que discurro como una pared maestra. Claro, me dijeron el conde y Juanito Barca que cuando Pepe Parras jugaba con dinero ajeno ganaba siempre, y caí como un párvulo.

PATRI. ¡Ah! ¿Le diste?...

LUIS. Las trescientas pesetas que saqué de la venta del repostero.

PATRI. No sabía qué habías vendido el repostero.

LUIS. Sí, vino a la almoneda la viuda de López, la confitera de ahí de la esquina, y en cuanto la vi pensé: a esta confitera le coloco yo el repostero, y se lo coloqué en sesenta duros.

PATRI. ¿Y... volaron?...

LUIS. Como si hubieran sido gorriones. Tuvo la culpa Pepe Parras, porque al entrar en el Casino tropezó con Lorenzo Benítez, que es rubio como las candelas, y todo el mundo sabe que después de tropezar con un rubio no se puede apuntar más que al cinco o al treinta y dos.

PATRI. ¡Ah! ¿Sí?...

LUIS. Claro, hombre. Y él se empeñó en jugar a la segunda decena.

PATRI. ¡Por Dios, qué disparate!

LUIS. Sí, tú lo tomas a chunga; pero ya ves lo que le sucedió a Pepe Parras, que perdió mis sesenta, cien de Juanito y treinta y cinco de Maruchi Acabalaceta, esa muchacha de Besobia que está de tanguista en el Palé-Palau de Barcelona.

PATRI. Pues sí que la ha hecho buena...

LUIS. Le he suplicado a Parras, lo mismo que a los demás, que me busquen un destinillo cualquiera, y me ha mandado a decir esta mañana con Vicente Jandua, que va a colocarme en Viena.

PATRI. ¡Caramba!

LUIS. ¡Ojalá lo consiga, porque precisamente lo que yo quiero es salir de España!

PATRI. ¿Pero Carolina?...

LUIS. Con eso de Viena está encantada. Lo sé de segunda mano, porque desde ayer no me habla.

PATRI. ¿Eh?

LUIS. Sí, el haber perdido lo del repostero la ha desesperado. *(Muy contento.)* Yo creo que empieza a tomarme manía. De la manía al odio no hay más que un paso, y el día que me odie desbanco.

PATRI. Y el día que tenga un flirt...

LUIS. Le hincho un ojo. *(Por el marco.)* Esto está ya de primera. ¿Me acompañas a casa del anticuario?

PATRI. Sí, voy a llevarle esa coronita de plata que teníamos en la vitrina. Como es antigua, puede que valga algo más que lo que pesa. *(Acercándose a la puerta del foro y llamando.)* ¡Victoria!

LUIS. *(Examinando un extremo del marco.)* ¿Es un número? Sí, el once. ¡Qué casualidad! Mi número favorito: el once negro. ¿Será esto un aviso celeste?

VICT. *(En traje de casa, por el foro.)* ¿Qué quieres?

PATRI. ¿Dónde has puesto la corona de plata?

VICT. Irene la estaba quitando el polvo y arreglando... *(Llamándola.)* ¡Irene!... Trae eso. *(A Luis.)* ¿Vas a llevarla por fin?

PATRI. Sí.

IRENE. *(También en traje de casa, con Carolina, por el foro.)* Aquí la tienes.

PATRI. Vamos a llegarnos ahí a la Maisón Noé, a ver qué pasa. Hasta luego.

LUIS. *(A Carolina, que ni le mira siquiera.)* Adiós... *(Carolina no contesta.)*

VICT. Buena suerte.

IRENE. A ver qué traen ustedes...

LUIS. ¿Qué vamos a traer con una corona y un marco? *(Se van los dos por la derecha.)*

VICT. *(A Carolina.)* Mujer, ¿pero ni siquiera le saludas?

CARO. Y te aseguro que como ese destino que le han ofrecido en Viena no le cuaje, estoy decidida a separarme de él.

IRENE. ¡Criatura!

VICT. Vamos, vamos...

CARO. Hija, pero si esto es no vivir. Y no aludo a la falta de dinero, que a eso estoy yo acostumbrada desde que nací. Figúrate, doce hermanos, y mi pobre padre era catedrático de Aritmética del Instituto... Se pasaba el día ha-

ciendo números y no lograba jamás que le alcanzase el sueldo. Pero no era supersticioso, ni creía, como Luis, en que todas las cosas son presagios de ganancias o de pérdidas; porque, caramba, es que me tiene frita.

VICT. ¡Es mucho Luis!

IRENE. Tiene sus defectos, pero es un hombre de una gran delicadeza, incapaz de admitir dádivas de nadie... como hacen otros.

VICT. ¿Lo dices por Patricio?

IRENE. Claro que lo digo por él. Patricio tiene en su poder, desde hace días, unos pasajes para Chile, que pagó Laureiia, y yo creo que deshecho el antiguo equívoco, ni él ni nosotras debemos aceptar ese favor del conde.

VICT. Mujer, Patricio se propone hablarle hoy mismo del asunto, asegurándole que desde América satisfaremos esa deuda, lo mismo que hemos satisfecho las otras. ¿Qué quieres que haga el pobre?

IRENE. Devolver los pasajes y quedarse en España. Eso es lo digno.

VICT. ¿Pero de qué íbamos a vivir aquí? ¿Ignoras que no tenemos nada? Ese destino es nuestra única salvación.

IRENE. Hija, cualquiera diría que no hay destinos en el mundo más que en Chile. El mismo Ramiro podría darle a Patricio uno mejor aquí. ¿No tiene casas y fincas, y minas e industrias? Todo se reduce a que Patricio deponga su orgullo y se lo pida. Es preferible pedir un destino a pedir dinero. Además, que el sueldo que lleva a Chile tu marido es una miseria, que apenas nos bastará para sostenernos allí. No va a poder devolver a Ramiro el importe de los pasajes; y tomar ese dinero a sabiendas de que no lo ha de devolver, es más que una indelicadeza: es una estafa.

VICT. ¡¡Irene!!...

CARO. ¡Jesús, qué exaltación!

VICT. Dí claramente que lo que tú no quieres es irte a Chile.

VICT. Lo que yo no quiero es que se nos critique como todo el mundo nos está criticando ya.

VICT. ¿Eh?

IRENE. Mirad el anónimo que he recibido esta mañana que... se me ha caído la cara de vergüenza. *(Saca del pecho un papel.)*

VICT. ¿Un anónimo?

CARO. ¿A ver?...

IRENE. *(Leyendo.)* "Una persona que se interesa por el buen nombre de su familia se permite aconsejarle que desconfíe del conde de Laurelia, que es un hombre peligrosísimo. Su cuñado no debe admitir los pasajes para Chile que quiere regalarle. Además de que él se los ofrece de mala gana y sólo por compromiso. Me consta..." ¿Eh?

VICT. Chica, qué mal desfiguras la letra.

IRENE. ¿Eh?

CARO. Claro, mujer. Otra vez escríbelo con la mano izquierda.

IRENE. *(Turbada, avergonzada.)* ¿Pero ustedes creen que este anónimo...?

VICT. Creemos que ese anónimo está escrito por ti.

IRENE. No es verdad. Es un anónimo auténtico. *(Se lo guarda.)*

VICT. Mira, Irenita, rómpele y no seas tonta. Creerás tú que nos estamos chupando el dedo. Apelas a esa artimaña porque no quieres cruzar el charco, y no quieres cruzarlo por... por lo que todos sabemos: porque estás enamorada de Ramiro.

IRENE. ¡No! ¡Falso! Cuando supe el porqué de sus galanterías dejé de quererle; perdí cuantas ilusiones había concebido con respecto a él... Yo no quiero a Ramiro, puedo jurártelo.

VICT. De todos modos hay que huír de aquí. Si no le quieres, para evitar que llegues a quererlo; si le quieres, para cortar el mal de raíz, antes de que se haga incurable. Tu amistad, tu ca-

maradería con el conde no puede llevar a ningún fin práctico.

IRENE. ¿Pues sabes lo que yo te contesto? Que estoy decidida a no marcharme, para que lo sepas. Me quedaré en España con quien quiera recogerme. Buscaré una colocación en el Metro, o en Madrid-París, o en los almacenes Rodríguez, o en cualquier parte. Y si nada encuentro pediré limosna.

VICT. *(Riendo.)* Bonito porvenir.

CARO. *(Idem.)* Ya lo creo.

IRENE *(Cada vez más exaltada.)* Todo lo bonito que quieras, pero no me voy, no me voy... ¡¡Y no me voy!!

RAMO. *(Por la derecha.)* El señor conde pregunta si las señoras pueden recibirle.

IRENE. ¡Ay!... Yo así no puedo...

VICT. Ni yo...

IRENE. A mí con un momento me basta...

RAMO. Viene con el señor Barca, ese amigo suyo...

VICT. Mejor. Que pasen y que tengan la bondad de aguardar un momento. *(Vase Ramona.)*

CARO. Os ayudaré a vestir para que despachéis antes.

IRENE. A mí, a mí. Victoria no tiene prisa.

VICT. ¿Eh?

IRENE. Es que necesito hablar a solas con él.

VICT. ¿Pero...?

IRENE. No temas. El no leerá nunca lo que pasa por mí. *(Se van las tres por el foro.)*

RAMO. *(Por la derecha, seguida de Ramiro y Juan.)* Las señoras saldrán en seguida. Están con la señora de Montilla...

RAMI. Perfectamente.

JUAN. De modo que cuando salió hace poco don Luis llevaba ese marco antiguo...

RAMO. Sí, señor.

JUAN. Bien, muchas gracias. *(Se va Ramona por la derecha.)* ¡Qué lástima, hombre! Sería un dolor que se lo vendiera a cualquier chamarilero, porque de seguro nadie dará por el marco lo que daría Perico Sanabria, que anda buscan-

do uno de esa clase para un retrato antiguo. Ahora preguntaré adónde ha ido, a ver si puedo...

RAMI. Ojalá llegues a tiempo. Ya sabes el interés que me inspira tanto Luis, como esta familia, por la que deseo hacer algo, y que se obstina en no aceptar nada de mí.

JUAN. Realmente, descubierto el error de la pérdida del juego en Biarritz, no hay motivo...

RAMI. Tal vez, pero reconoce que no todo el mundo procedería con la extremada delicadeza conque ellos proceden. Ya ves: una gente que se ve obligada a vender hasta el último mueble de su casa, que se queda en la calle y que lo primero que hace con el dinero que recibe es devolverme el importe de aquellas cuentas que pagué...

JUAN. Sí, sí; es admirable...

RAMI. Pero ¿qué más? No tiene para este pobre hombre otra solución el problema de la existencia que la de irse a Chile con el destinillo que ha podido conseguir... O eso, o morirse de hambre. ¿Pues quieres creer que todavía vacila en aceptar la plaza, por no tener la seguridad de poderme devolver también el importe de los pasajes?

JUAN. Es un verdadero "caso" de honradez.

RAMI. Y las dos mujeres son lo mismo... Iguales escrúpulos, igual resistencia a dejarse favorecer... Te digo que no le pasa a nadie lo que a mí... ¡Empeñarme en hacer un bien, y no poder lograrlo por la negativa de los mismos a quienes quiero beneficiar!... No veo el momento de que se vayan. El día en que yo sepa que se han embarcado va a ser el más feliz de mi vida.

JUAN. ¡Caramba, y qué loco estás, querido Ramiro! Cualquiera te entiende. Dices que esta familia te inspira el más vivo interés; entonas un himno a su delicadeza, y a su desprendimiento, a sus virtudes... y a renglón seguido aseguras

que tu mayor deseo es perderla de vista... Si esto tiene lógica, que venga Aristóteles y que me lo jure.

RAMI. La lógica está en lo que tú encuentras ilógico. Esta es demasiada virtud para mí. Yo estoy acostumbrado a vivir en un mundo donde no son frecuentes esos rasgos de rectitud y de grandeza moral que me humillan... Es aburrido, es desesperante. Sobre todo Irene...

JUAN. ¿Qué le pasa a Irene?

RAMI. Hombre, que es la peor en lo de resistirse a recibir de mí el menor agasajo. No la puedo aguantar.

JUAN. Pues yo creía que ella era tu verdadera amiga en la casa.

RAMI. Por eso precisamente, hombre, no seas animal; porque es mi amiga... Yo haría por ella cualquier sacrificio; yo le daría con gusto cuanto tengo... ¡Y ya ves cómo me paga!... Con qué despego, con qué ingratitud...

JUAN. ¿Sabes que empieza a escamarme tanto hablar de Irene? Porque, para bien o para mal, no se te cae el nombre de la boca.

RAMI. No seas estúpido.

JUAN. En serio te digo que tiene demasiados atractivos esa mujer, para que tu amistad con ella se quede en... amistad.

RAMI. ¿Sospechas que estoy enamorado de ella?

JUAN. *(Indeciso.)* Hombre...

RAMI. Tranquilízate, no es por ahí. Irene es una mujer honrada, en la que no había de pensar más que para hacerla mi esposa, y ya sabes que yo no he de casarme nunca. Te lo he dicho mil veces.

JUAN. Si todos los que han dicho eso hubieran cumplido su palabra, no habría por ahí bullas ni aglomeraciones, y el mundo sería un edén.

RAMI. Yo cumpliré la mía. Cuando no consiguieron vencer mi resistencia los ruegos de mi madre, que no tuvo otro empeño en toda su vida, ¿iría

a claudicar ahora porque una niña bitonga...? Vamos, vamos, que te irían un... citroën.

JUAN.. Bueno, hombre, no te enfades por eso.

RAMI. Es que esa mujer me da coraje. Así, como suena: coraje. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?

JUAN. Es Pepe.

PEPE. *(Entrando en escena por la derecha.)* Hola, caballeros... Acaban de decirme que estabais aquí. Venía buscando a Montilla para eso del destino de Viena...

RAMI. Qué, ¿lo has conseguido?...

PEPE. Sí, hombre; es cosa hecha.

RAMI. Lo celebro, porque el pobre está ilusionadísimo.

PEPE. Aquí tengo una carta de Felipe Lázaro, con las condiciones y demás detalles...

JUAN. ¡Lo que se va a alegrar!...

PEPE. Bueno, él conoce algo de contabilidad, ¿no?

JUAN. ¡Quién no es contable a los cuarenta años!... Lo que seguramente no sabe es alemán.

PEPE. ¡Anda éste!... Ni falta que le hace.

JUAN. ¿Que no va a hacerle falta estando en Viena?...

PEPE. Hombre, que estamos hablando en serio, Juanito.

JUAN. En serio hablo yo.

PEPE. Pero si el Viena de que yo hablo es la panadería y confitería de la Carrera de San Jerónimo.

JUAN. ¡Atiza!

RAMI. ¡Vamos!

PEPE. Necesitan un contable y...

JUAN. Sí, hombre, sí. Pues nada, buscaremos a Montilla, porque yo también tengo que verle y...

IRENE. *(Elegantísima, por la puerta del foro.)* ¡Oh!... Pero si está también el señor Parras...

RAMI. Buenas tardes... *(Saludos.)*

PEPE. Acabo de llegar buscando al señor Montilla, a quien he conseguido un destinillo que le ofrec!...

IRENE. ¿El de Viena?

PEPE. Justamente.

IRENE. ¡Cuánto me alegro!... Pues ha ido con mi cu-

ñado a una tienda de antigüedades, la Maisón Noé..., a tratar de la venta de un marco antiguo...

JUAN. ¡Ah! Pero ¿es en la Maisón Noé?... Pues corro a ver si logro evitar que lo venda. Vamos, Pepe.

PEPE. Sí. Hasta luego, Irenita...

JUAN. A los pies de usted.

IRENE. Vayan ustedes con Dios; muy buenas tardes... *(Se van por la derecha Juanito y Pepe.)* Son muy simpáticos, y nos hemos hecho muy buenos amigos...

RAMI. Sí...

IRENE. Pero siéntese, por Dios...

RAMI. *(Sentándose.)* Muchas gracias. Ya supondrá usted a lo que vengo. He recibido una tarjeta de su cuñado...

IRENE. Eso es decir que si no le hubieran llamado, no hubiese venido. *(Irónica.)* Es muy de agradecer la visita...

RAMI. Toma usted el rábano por las hojas.

IRENE. No; si ya sé a qué atenerme respecto a su conducta. Acude encantado a las citas de Patricio, porque sospecha de lo que quiere hablar con usted...

RAMI. Sospecho, efectivamente, que querrá tratar de nuevo del enojoso asunto de los pasajes, respecto al cual ya no sé qué decirle para que acepte sin escrúpulos ese pequeño anticipo, que para mí no supone sacrificio alguno...

IRENE. No sólo supone sacrificio, sino que satisface su deseo más vehemente. Tranquilícese, hombre. Ya nos iremos... Pronto se verá usted libre de nosotros.

RAMI. ¡Qué mal pensada es usted!

IRENE. ¿Va a negarme que tiene prisa por que nos vayamos? Yo no le oigo nunca hablar de otra cosa que de nuestro viaje.

RAMI. Y aunque así fuera, ¿qué probaría eso sino mi interés por su familia? Su cuñado no tiene otro

porvenir que el destino de Chile, y es preciso que vaya cuanto antes a encargarse de él.

IRENE. *(irónica.)* Sí. ¡En España es tan difícil encontrar una colocación!

RAMI. Punto menos que imposible.

IRENE. No se esfuerce en demostrarlo. ¿Quién va a encontrar a una persona que tenga casas y fincas e industrias donde poder colocar a un muchacho como Patricio?...

RAMI. ¿Lo dice usted por mí?...

IRENE. No, por Dios; yo no aludo a nadie.

RAMI. Pues, en efecto, yo tengo vacante el cargo de administrador; pero, vamos, eso sería demasiado modesto para su cuñado. Yo no le doy a mi administrador más que diez mil pesetas.

IRENE. El va a Chile ganando ocho mil.

RAMI. *(Turbado.)* ¡Ah! No sabía que fuese tan poco... Pero es igual, porque yo tengo otro compromiso...

IRENE. Claro...

RAMI. Sí; caen sobre uno como fieras...

IRENE. Ya me hago cargo.

RAMI. Un pobre padre de familia con... doce hijos.

IRENE. ¿Por qué no le ha puesto usted siquiera quince?

RAMI. Aunque se burle le digo la verdad.

IRENE. Lo reconozco, puesto que no ha negado que lo que desea es embarcarnos lo más pronto posible.

RAMI. ¡Y dale!... Ya le dije la razón... Y no me hable, por Dios, en ese tono, porque me mortifica...

IRENE. Ah, ¿sí?

RAMI. Sí, sí...

IRENE. Está bien.

RAMI. *(Conciliador.)* Vaya, ¿quiere usted que volvamos a ser los camaradas de siempre?... *(Sacando la petaca.)* Ahí va un cigarrillo; fúmelo.

IRENE. No. Y le prohibo que me tutee.

RAMI. No he dicho fúmalo, sino fúmelo.

IRENE. Es igual.

RAMI. No es igual.

IRENE. Pues yo digo que es igual, y basta.

RAMI. Bueno, bueno. Por mí...

IRENE. Ni yo soy su camarada, ni usted ha venido a esta casa para bromear, sino para tratar con Patricio de un negocio muy serio.

RAMI. Y estoy dispuesto a tratarlo.

IRENE. Pues no crea que va a serle fácil encontrar solución al asunto, porque nosotros no estamos dispuestos a admitir una limosna de usted.

RAMI. Por Dios, no le dé ese nombre...

IRENE. O un regalo, es igual. ¿Con qué título lo aceptaríamos?... Usted no es nuestro pariente... Nuestra amistad nació ayer... La gente nos censuraría... Ya nos censura, ya, sí, señor. ¡Ah! ¡Ah...! ¡Si viera usted el anónimo que he recibido esta mañana!...

RAMI. ¿Un anónimo?

IRENE. Un anónimo, sí, señor; un anónimo. En él me dicen que no debemos aceptar nada suyo; que usted nos lo brinda de mala gana.

RAMI. Ese anonimista es un canalla, y un miserable, y un embustero.

IRENE. Haga usted el favor de no faltar.

RAMI. ¿A quién?

IRENE. A quien haya escrito eso, que no ha escrito más que la pura verdad. Afortunadamente, Patricio no necesita de advertencias anónimas. Me consta que está dispuesto a no admitir el dinero, caso de que lo admita, sino en condiciones que garanticen a usted la devolución.

RAMI. Haré cuanto él quiera.

IRENE. Es decir, ¿qué desconfía usted de nosotros?

RAMI. Yo, no; usted es quien dice...

IRENE. ¿Ve usted cómo el anónimo tiene razón; cómo nos ofrece esos pasajes por compromiso?

RAMI. Pero, criatura, ¡por los clavos de Cristo!, si es usted quien se está contradiciendo...

IRENE. ¿Yo?... En todo caso, mi cuñado, que asegura que no aceptará el favor sin firmarle un pagaré... ¿No se llama pagaré?

RAMI. Sí, señora, y si no es más que ésa la condición, desde luego la acepto.

IRENE. No, no...; pero si es que ha de ser un pagaré, verá usted, un pagaré... terrible.

RAMI. ¿Cómo terrible?

IRENE. Vamos, un documento con el cual pueda usted meterle en la cárcel si no le paga.

RAMI. ¡Ah! Muy bien.

IRENE. A él y a todos nosotros.

RAMI. Sí, sí; perfectamente.

IRENE. ¿De modo que está usted conforme?

RAMI. Claro; absolutamente conforme.

IRENE. Para perdernos de vista, ¿no es así?

RAMI. Para que Patricio no pierda el destino, y para no perder yo mi tranquilidad, que es lo que más me importa.

IRENE. ¿Su tranquilidad?

RAMI. Yo me entiendo y bailo solo.

IRENE. Sí, sí; porque lo que es conmigo...

RAMI. Voy a hacer el documento.

IRENE. ¿Ahora mismo?

RAMI. En este instante. Ahí enfrente hay un estanco...

IRENE. Oiga usted primero.

RAMI. ¡Imposible!

IRENE. Es que es necesario que yo le diga...

RAMI. A la vuelta. Voy por el pagaré.

IRENE. *(Apurada.)* ¿Pero...?

RAMI. Luego... ¡Voy por el pagaré! *(Vase por la derecha.)*

IRENE. *(Nerviosísima, desesperadísima.)* Nada, no hay manera; lo pierdo..., ¡lo pierdo! Y no lo quiero perder, pero... ¡lo pierdo! Y yéndome a Chile, R. I. P. Y no, ¡R. I. P., no! Claro, que todavía puedo yo... Porque no va él a... Y si le digo a Patricio que... ¡¡Yo no me voy!!

PATRI. *(Entrando en escena por la derecha.)* ¿Adónde dice el conde que va?

IRENE. Mira, no me hables del conde, porque estoy asqueada, verdaderamente asqueada.

PATRI. ¿Eh? ¿Qué ha sucedido?

IRENE. Ahora te lo contaré. *(Llamando.)* ¡Victoria!... ¡Qué hombre!... Mejor dicho, ¡qué tío!

PATRI. ¿Eh?

IRENE. ¡Y se llama caballero!... Y es grande de España. ¡Pues si ésos son los grandes...!

VICT. *(Con Carolina, por el foro.)* ¡Ah! ¿Ya estás de vuelta?... *(A Irene.)* ¿Y el conde?

IRENE. Ahora te diré del conde, para que te espabiles. Vas a quedarte como la mujer de Lot.

CARO. ¿Y Luis?

PATRI. Cállate, mujer; no me hables de Luis, porque eso no tiene arreglo. Vendió el marco en quinientas pesetas, y se ha ido al Casino a jugarselas.

CARO. ¡Dios mío!

PATRI. Vió que un perro negro olía a uno blanco, dijo que eso no le fallaba y echó a correr para el Casino.

CARO. No puede ser.

IRENE. Te advierto que Pepe Parras le ha conseguido el destino de Viena.

CARO. Menos mal. Dios aprieta, pero no ahoga. Va a parecerme mentira el verme a muchas leguas de aquí. Tal vez en el extranjero varíe de costumbres...

VICT. *(A Irene.)* Bueno, y dime del conde, que me tienes en curiosidad... ¿Habéis hablado?...

IRENE. Hemos hablado y me he convencido de que es un canalla, un usurero y un asesino.

VICT. ¡Irene!

IRENE. No quito ni una coma.

PATRI. Pero ¿qué ha sucedido?...

IRENE. ¿Sabes lo que quiere el "ángel mío" para asegurarse de que has de pagarle el importe de los pasajes? Pues quiere que le firmes un pagaré.

PATRI. ¡Qué cosa tan extraña! Pero, en fin, no tiene importancia...

IRENE. ¡Ah! Pero ¿eso del pagaré no tiene importancia? Pues oye más, porque eso no es nada. Quiere que reconozcas que tú has recibido el dinero como..., ¿cómo se recibe una cosa que

si no se devuelve lo meten a uno en la cárcel?

PATRI. En concepto de depósito.

IRENE. ¡Eso! Así quiere él que tú pongas: en concepto de depósito... ¡sagrado!

PATRI. ¡Por Dios! Pero eso es una atrocidad. ¿Es que se ha vuelto loco?...

VICT. ¿Cómo justificas ese cambio?

CARO. Ya, ya... Parece mentira.

IRENE. Parece que ha recibido un anónimo en el que le dicen que en esta casa se están mofando de él, y como él es bastante corto... Porque eso no me lo pueden ustedes negar; de alcances es muy corto..., pues ha tomado las cosas por donde queman, y ¡cómo está, cómo está!... Grosero, ineducadísimo... Mira, Patricio, te lo digo muy en serio. Si tú aceptas un solo céntimo de ese hombre, no tienes dignidad, y si ahora mismo no te vas a La Hamburguesa y devuelves los pasajes y le tiras a la cara su dinero, no tienes vergüenza.

PATRI. Pero escucha, porque yo opino...

IRENE. *(Sin dejarle hablar.)* Es preferible pedir limosna a deberle nada a ese tío. ¡Porque es un tío!

PATRI. ¿Y te dijo él que...?

IRENE. *(Como antes.)* Y todo porque ha recibido un anónimo. Yo he recibido otro y...

PATRI. *(Furioso.)* ¡Dejame hablar!

IRENE. *(En el mismo tono.)* ¡No quiero!... Yo he recibido otro... *(Dándoselo.)* Míralo: ahí lo tienes

PATRI. ¿Eh?

IRENE. Y como si tal cosa.

PATRI. Pero ¿tú...?

IRENE. Sí, hombre, ¿no ves que estamos en evidencia? Somos la comidilla de la gente... Es decir, tú, porque yo..., figúrate; pues yo leí eso y..., ¡pschs! ¿Qué me importa a mí?... Ahora, que puede que todo sea para mejor, porque en Chile... ¡Ay! Yo no lo quiero pensar, pero ya que has sacado la conversación, te lo voy a decir: a mí Chile me da miedo. ¡Mucho miedo!

El sueldo que llevas es una porquería... La vida allí es carísima..., y luego los mosquitos, los cocodrilos... ¡Qué horror!... No, hijo, no. ¡A mí, no! Que él diga lo que dice, deberle favores, para que luego los cocodrilos... ¡Quiá. Yo me quedo.

PATRI. Pero, mujer...

IRENE. Y te advierto que celebro en el alma haber sido yo la que ha tratado con el conde de esto del pagaré. Si llegas a ser tú, a estas horas hay planteada una cuestión personal. ¡Porque está de una grosería!... Pero entre un hombre y una mujer no cabe... *(Resuelta.)* Hacedme el favor de dejarme con él. Ya no puede tardar y quiero ser yo la que ultime este asunto.

PATRI. Eso, no.

IRENE. *(Cómicamente desesperada.)* ¡Patricio, déjame con él!

PATRI. Es que mi deber...

IRENE. ¡Victoria, dile que me deje!

VICT. Sí, déjala.

PATRI. ¡Pero mujer!

VICT. Tiempo tendrás tú de hablar con él...

PATRI. Es que...

VICT. *(Cogiéndole del brazo.)* Ya te explicaré...

PATRI. A tu gusto.

VICT. Es que... *(Mutis por el foro, hablando con él.)*

CARO. *(Mirando compasiva a Irene.)* ¡La pobre!...

IRENE. *(Acudiendo a ella.)* ¡Carolina!... Enciéndele una lamparilla a San Antonio.

CARO. ¿Habrá?...

IRENE. Si no hay lamparilla, en mi tocador hay un infiernillo. El asunto es encenderle algo.

CARO. Voy. *(Mutis por el foro.)*

IRENE. ¡Qué lástima!... Lo pierdo... *(Desesperada, mirándose, tocándose.)* Pero ¿por qué no tendré yo...? *(Acicalándose.)* ¡Con tantísima niña birriosa con suerte que hay por ahí!... *(Oye pasos y se inmuta.)* ¡Ya!... *(Afectando tranquilidad.)* Bueno. *(Se santigua y reza "in mente", moviendo mucho los labios.)*

RAMI. *(Entrando por la derecha, con un papel en la mano.)* Aquí está ya el pagaré... *(Irene le hace señas con la mano de que aguarde un momento, y sigue moviendo los labios como antes.)* ¿Está usted rezando?

IRENE. *(Dice por señas que sí. Vuelve a santiguarse.)* Es que yo a esta hora, cuando oigo las campanadas del reloj, rezo siempre.

RAMI. ¿Las campanadas?... Pero si son las cuatro y veinte.

IRENE. ¿Sí? Pues me he adelantado.

RAMI. Bueno, aquí tiene usted el pagaré que deseaba. Viene en regla, con todos los requisitos. Espero que ahora ya su cuñado aceptará sin escrúpulos los pasajes...

IRENE. Yo lo espero también.

RAMI. Conste que he accedido por complacerla, pero que a mí esto me parece una cosa, no sólo inútil, sino mortificante para todos...

IRENE. No hablemos más de lo pasado, ni amarguemos con recuerdos desagradables el dolor de la despedida... Tratemos sólo de separarnos como buenos amigos.

RAMI. ¿Quién piensa en eso todavía? Queda tiempo de sobra...

IRENE. No, no; se engaña usted. No nos queda más que este instante. Mañana nos vamos.

RAMI. Pero si el vapor no sale hasta el lunes...

IRENE. Lo esperaremos en Cádiz. Los malos tragos, pasarlos pronto.

RAMI. Antes no demostraba usted tanta prisa por marcharse.

IRENE. Antes chanceaba, y ahora hablo seriamente. ¿Le parece a usted que de otro modo le hubiese dicho muchas de las cosas que le dije?

RAMI. No recuerdo haberle oído nada molesto...

IRENE. Por Dios... Mientras ha durado la broma de nuestra camaradería, era una broma más que le diese quejas y le hiciese recriminaciones. Ahora ha llegado el momento de... liquidar la cuenta de nuestra amistad, puesto que voy a

emprender un largo viaje. Sería una ingrata si no le dijera que mi agradecimiento hacia usted durará tanto como mi vida...

RAMI. ¿Agradecimiento?...

IRENE. Sí, puesto que, deshecho aquel error, ha seguido usted favoreciéndonos. Si podemos irnos a Chile, único porvenir que nos queda, ¿a quién lo debemos sino a usted?

RAMI. ¿A mí? No. Y ese papel que tiene usted en la mano es la demostración palpable de que no quiere deberme nada; de que tiene la crueldad de negarse a recibir hasta la menor prueba del afecto de un buen amigo...

IRENE. Pues si lo toma de ese modo, no quiero que sobre el recuerdo de nuestra amistad quede flotando ninguna sombra. *(Rompiendo el pagaré.)* Ya no existe el papel.

RAMI. Gracias, Irene, muchas gracias. No lo olvidaré nunca...

IRENE. Que sea usted muy feliz, Ramiro. Le aseguro que se lo deseo de todo corazón.

RAMI. Y yo a usted... Pero me parece que damos demasiada solemnidad a la despedida... No se trata de una separación eterna... Usted volverá alguna vez...

IRENE. Probablemente, no. Y aunque volviera, no sería fácil que nos encontráramos de nuevo. Nuestras vidas toman desde hoy distintos rumbos...

RAMI. Eso no puede ser, Irene... Yo no me resigno a perderla para siempre... Como no vuelva usted pronto por España, el día menos pensado cojo un vapor y me planto en Chile a hacerle una visita...

IRENE. *(Riendo y secándose los ojos disimuladamente.)* Es gracioso...

RAMI. ¿Piensa usted que lo digo por decir?...

IRENE. *(Con voz temblorosa.)* Pienso que lo dice porque tiene buen corazón, y quiere endulzarme la amargura de este momento...

RAMI. *(Conmovido.)* Pero ¿es que usted siente de veras el separarse de mí?...

IRENE. ¿Podía dudarlo? Una cosa son nuestras chanzas pasadas, y otra lo sincero de mi afecto. Su amistad será siempre el recuerdo más grato de mi existencia.

RAMI. Como para mí la suya. Aquel Paquillo, mi camarada, no se borrará nunca de mi corazón.

IRENE. ¡Pobre Paquillo!

RAMI. Es lástima que nuestra broma no pueda convertirse en realidad.

IRENE. ¿Por qué?

RAMI. Porque si usted fuera un hombre no tendría que marcharse con su hermana; podría quedarse conmigo...

IRENE. Es verdad.

RAMI. Yo le daría alojamiento en mi casa, viviríamos juntos, viajaríamos... Sería deliciosa una excursión por Italia, y luego Grecia, y luego Egipto..., El Cairo, Alejandría...

IRENE. ¡Qué hermosura!

RAMI. ¡Y pensar que el programa no puede realizarse por... ser usted mujer! Claro, las cosas están organizadas de un modo... La gente no transige... Decididamente las mujeres son una calamidad.

IRENE. Tiene usted razón. Hemos nacido para fastidiarnos y fastidiar de paso a los demás.

RAMI. *(Encandilado.)* ¡Irene!...

IRENE. Qué...

RAMI. No debió ocurrírsele a usted nunca ser mujer.

IRENE. Dice usted bien; no debió ocurrírseme...; pero puesto que eso no tiene ya remedio, pongamos término a este mal rato..., ¿no le parece? Démonos un buen apretón de manos y despidámonos hasta que Dios quiera. *(Se dan la mano.)*

RAMI. ¡No, no!... Hasta pronto, hasta muy pronto.

IRENE. ¡Ojalá!...

RAMI. *(Sin soltar la mano de Irene.)* Adiós, Irene.

IRENE. Adiós, Ramiro... *(Conmoviéndose por grados.)*

RAMI. Crea usted que jamás he estrechado una mano con tanta efusión.

IRENE. Ni yo tampoco, se lo juro...

RAMI. Me parece que lo que estrecho con la mía no es su mano, sino la felicidad..., ¡la felicidad que se me escaparía si la soltase!...

IRENE. *(Con todo su cariño en los ojos.)* ¡Ramiro!...

RAMI. ¿Estaremos locos, Irene? ¿Nos estaremos condenando nosotros mismos a ser desgraciados voluntariamente?... Usted no quiere irse, ¿verdad?

IRENE. *(Que si es muda reviente.)* ¡No..., no!... Y usted... tampoco quiere que me vaya... ¿Me engaño?

RAMI. No. *(Pausa.)*

IRENE. ¿En qué está usted pensado?

RAMI. En lo mismo que usted.

IRENE. ¿Cómo lo sabe?

RAMI. Porque lo leo en sus ojos. Piensa usted en que muchas veces pasa a nuestro lado la ventura y la dejamos escaparse por orgullo, por insensatez, por no pronunciar una palabra que se nos está viniendo a los labios...

IRENE. ¿Y usted sabe cuál es esa palabra?...

RAMI. Lo sé.

IRENE. Entonces, ¿por qué no la pronuncia?

RAMI. Porque es usted quien debe decirla.

IRENE. ¿Yo?

RAMI. No lo haga por mí; hágalo por la santa mujer que me llevó en sus entrañas y que se lo pide desde allá arriba.

IRENE. ¿Por fin se decide a ser buen hijo?

RAMI. De usted depende que pueda serlo.

IRENE. Pues séalo.

RAMI. Eso quiere darme a entender que usted me dice que...

IRENE. *(Con un gracioso hipo de lloro.)* Que... ¡bendita sea tu madre!

RAMI. *(Abrazándola.)* ¡Negra de mi alma!...

LUIS. *(Entrando en escena, por la derecha, en ese*

mismo instante. Cantando.) Apriétate contra mí, como en autobús...

IRENE. *(Avergonzada, separándose de Ramiro.)* ¡Jesús!

RAMI. *(A Luis.)* Eso se canta antes de entrar.

LUIS. Que sea enhorabuena, jóvenes, y felicítenme a mí también, porque he ganado ochenta mil pesetas.

CARO. *(Surgiendo por la puerta de la izquierda.)* ¿Ochenta mil pesetas?...

VICT. *(Idem de idem, por la del foro, seguida de Patricio.)* ¿Ochenta mil...?

LUIS. *(Asombrado.)* ¡Señores!...

CARO. *(Pretendiendo justificarse.)* Venía hacia acá, y al oírte decir...

VICT. *(Idem.)* También nosotros...

RAMI. Puesto que han oído ustedes nuestra conversación...

CARO. ¿Eh?

VICT. ¿Nosotros?...

RAMI. Puesto que han oído ustedes nuestra conversación...

VICT. Le digo muy en serio que se equivoca. Ni sabemos que se han arreglado ustedes, ni sabemos nada.

RAMI. *(A Irene.)* ¿Qué te parece?... Pues sepan ustedes que la condesa..., si ustedes me la conceden..., no quiere nada con Chile, y ha dispuesto que desde hoy mismo se encargue usted de nuestra administración...

IRENE. ¡Ramiro!

PATRI. ¡Muchísimas gracias!...

CARO. ¡Dios mío! Pero ¿qué es lo que tienes en la cara, Luis?

TODOS. ¿Eh?

LUIS. *(Enseñando un carrillo todo arañado.)* ¡Anda! Y así tengo todo el cuerpo. He estado a punto de morir. Nada, que al cruzar la calle para entrar en el Casino, me atropelló un tranvía. Gracias al salvavidas no me ha hecho papilla. Ahora, que el atropello me dió la suerte, por-

que subí y en veinte minutos, ochenta mil pesetas. ¡Ya me llegó la buena!

CARO. Y que lo digas, porque lo de Viena, según Pepe Parras, es un hecho.

PATRI. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* Ahí le tienes.

PEPE. *(Entrando en escena con Juanito Barca.)* Hombre, ya era hora...

JUAN. Toda la tarde buscándole...

PEPE. *(Dándole una carta a Luis.)* Conseguido lo de Viena.

LUIS. Gracias, amigo Parras.

PEPE. Lea usted.

LUIS. *(Leyendo.)* ¿Eh? ¿Viena, Carrera de San Jerónimo?... ¿Yo en el mostrador vendiendo helados?... ¡Esta carta se la come usted!... *(Le da un bofetón con carta y todo.)*

PEPE. ¡¡Señor Montilla!!

JUAN. *(A Pepe.)* ¿Estás viendo, Pepe? Te está bien empleado por idiota.

LUIS. Ea, vosotros a ser felices, y yo a Biarritz a desbancar ..

CARO. Por Dios, Luis, ¿y si pierdes?

LUIS. No te apures, que ya sé yo lo que tengo que hacer para ganar: me arrojo al paso de un tranvía..., y el amo.

TELÓN